



FRANK CAUDETT

EL ASESINO DEL PIJAMA ROJO





SS **SERVICIO SECRETO**



FRANK CAUDET

**EL ASESINO
DEL PIJAMA ROJO**

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 986

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL DRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACÁS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 17.817 - 1969

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: junio , 1969

© FRANK CAUDET - 1969

sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL - 1969

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección PUNTO ROJO:

374. - La leyenda de Josephine Escarien.

En Colección SERVICIO SECRETO:

980. - Liquidando... que es gerundio.

En Colección CALIFORNIA:

611. - Sed.

En Colección KANSAS:

528. - «Colt».

En Colección BUFALO:

788. - «Impasible».

En Colección COLORADO:

566. - El *gun-man* que nunca mató.

En Colección BISONTE:

1.056. - Justicia en Monterrey.

En Colección BRAVO OESTE:

389. - Vamos... ¡Dispara! ¿Qué esperas?

En Colección SALVAJE TEXAS:

637. - Memorándum para un *sheriff*.

En Colección ENVIADO SECRETO:

81. - A la Luna en un segundo.

En Colección ASES DEL OESTE:

490. - Odio.

PRÓLOGO

La gente de esa sociedad que hemos dado en llamar alta, posiblemente porque su posición económica está muy por encima de la nuestra, vienen a pensar aproximadamente igual en todas las partes del mundo.

Piensan, por ejemplo, que cualquier oportunidad es buena para ofrecer una fiesta, recepción o velada, a sus buenos amigos, también de la sociedad de arriba... entiéndase alta.

Eso, posiblemente, pensaron los Frapan.

Que la próxima presentación del cabeza de familia, Anthony Frapan, para la candidatura a senador por el Estado de Illinois, era un acontecimiento lo suficientemente importante como para ofrecer una recepción por todo lo alto.

Y así se hizo.

Anthony Frapan, hombre íntimamente vinculado a la *Stock Echange* de Chicago, director ejecutivo del Reserve of National Bank, tenía infinidad de amigos y conocidos.

No es de extrañar entonces, que la noche a que nos referimos, o sea la de la recepción, las salas, esplendorosamente engalanadas del palacete de los Frapan, se vieron concurridísimas por un público elegante y distinguido que hacía toda clase de ostentaciones.

Las damas en especial habían decidido entablar aquella noche su personal batalla de lucimiento de joyas de precio. Obvio que la más satisfecha era la más enojada. Todas vestían elegantes trajes de noche, la mayoría de los cuales habían sido confeccionados especialmente para aquella velada, y los caballeros, por su parte, vestían también de rigurosa etiqueta.

Todas las salas de la quinta estaban brillantemente iluminadas, y en cada una de ellas, un conjunto musical u orquestina, entonaba las notas lánguidas de un slow o las vienesas de un vals de Strauss, para solaz de los numerosos concurrentes.

El jardín también se encontraba debidamente engalanado, con todas las glorietas y arriates tenuemente iluminados, por si alguna pareja de enamorados buscaban un lugar de intimidad para susurrarse ternezas al oído.

Con ello quiere decirse que los Frapan habían cuidado con esmero hasta el menor de los detalles para que sus invitados, aquella noche, se encontraran del todo a gusto.

Durante la cena, como de costumbre, más de uno que necesitaba congratularse por los motivos que fueran con el anfitrión, pronunció la frase de ritual:

—Que hable el futuro senador.

Y al futuro senador, que no le faltaban ganas de hacerlo, aprovechó la coyuntura para desgranar un pequeño anticipo de lo que iba a ser su campaña electoral.

Terminada la cena, los invitados fueron deshaciéndose en corros, cada uno de los cuales tenía por objetivo «despellejar» a un personaje determinado.

Algunas parejas bailaron.

Y fue entonces cuando aquel invitado que estaba solo y al que nadie parecía conocer, destacó poderosamente, llamando la atención.

Era un hombre de privilegiada estatura que vestía un elegante *smoking* color azul negro, de brillantes solapas de raso, y cuya indudable apostura tenía intrigada a más de una dama de las que revoloteaban como por casualidad por sus alrededores. Pero el hombre no parecía prestar atención a nada ni a nadie en especial. Por su tez un tanto cetrina y la bien cuidada barba que la adornaba, muchos supusieron que él pertenecía a un país de Oriente; y así era en efecto.

Su rostro poseía un atractivo y penetrante magnetismo que obligaba a los demás a fijarse en él. Era, en realidad, un rostro extraño. Misterioso e irreal. Con unos ojos verdes, extraordinariamente verdes, penetrantes, profundos como un abismo hipnótico. Firme la barbilla, enérgica, decidida, coronada por una mefistofélica perilla tan bien cuidada como la barba. Sensuales los labios de una rojez color carne. Resultaba un tanto frío, inexpresivo y muy expresivo a la vez —ésta era la paradoja que se daba en su rostro—, glacial como un témpano de hielo, cálido

como el fuego al mismo tiempo, fluyendo un extraño magnetismo de su mirada. Los ojos verdes se movían con seguridad dentro de las órbitas; con esa seguridad que da por descontado el éxito en un simple parpadeo.

Si muchas eran las mujeres que estaban intrigadas por la enorme personalidad y viril apostura del desconocido, la anfitriona de la velada, mujer aún no muy pulida, que tenía cercanas sus horas de teatro en Cicero, sus devaneos y frivolidades, sus juegos con los corazones masculinos hasta que había cazado a Anthony Frapan... decíamos que la dueña de la casa también se sintió atraída e intrigada por la presencia de aquel hombre desconocido.

Doris Frapan no vaciló en acercarse a él lo mismo que un pavo real al esponjar su esplendorosa cola de multicolor plumaje.

—Me temo que no hemos sido presentados, señor...

—Yushub Yeudi... a sus pies, señora Frapan —respondió él, llevándose a los labios para rozarla la mano que ella le tendía.

Ella, siguiendo con sus revoloteos de coqueta, preguntó:

—¿No es usted americano, verdad?

—No. No me cabe la honra de compartir su nacionalidad, señora Frapan —repuso él, cuyos ojos verdes se habían clavado intensamente en la faz de ella. Agregando—: Soy de nacionalidad egipcia. ¿La defraudo?

—¡Oh... no! ¡Todo lo contrario! Egipto... ¡Maravilloso y exótico Egipto! ¿Sabe que siempre me ha cautivado su país? Es una de las partes del mundo que más me agradaría conocer.

—¿De veras? Entonces no he de vacilar en invitarla a que visite mi residencia de El Cairo. Con su esposo, por supuesto. ¡Esto...! Ahora que hablo de él..., ¿por qué no me lo presenta, señora Frapan? Es que yo he sido invitado a la velada por un amigo común de ambos y quisiera comentar con él cierto asunto de finanzas.

—¡No faltaría más! —Doris se volvió buscando con los ojos, por la sala, a su marido—. Mírelo. Allí está. ¡Tony!

A la llamada un tanto vulgar y poco de acuerdo con la sociedad en que se desenvolvía de su esposa, Anthony Frapan volvió la cabeza y fue hacia ella.

—¿Qué ocurre, querida?

—Mira... Quiero presentarte al señor Yushub Yeudi, de El Cairo. Señor Yeudi, mi marido.

Se estrecharon las manos.

—Es un placer, señor Frapan.

—Encantado de conocerle, señor Yeudi.

El oriental se fijó con detenimiento en el otro hombre.

Anthony Frapan era más bien vulgar..., aunque de buena cuna y fácil para los modales y ademanes elegantes. La vulgaridad estaba en su rostro. Nada había en él destacable, ninguna facción que atrajera por sí sola. Era además de mediana estatura, más bien bajo.

—Le decía a su esposa, señor Frapan, que deseaba hacer unos comentarios con usted. Verá..., yo estoy en Estados Unidos en viaje de placer, pero al mismo tiempo de negocios. En mi país, Egipto, vivo muy de cerca la política social-económica, por circunstancias de mi posición y cargo. Desde un tiempo a esta parte observo que las seguridades económicas de ciertas divisas europeas han hecho lo que vulgarmente se llama «aguas»... ¿Cree usted que esa inseguridad europea puede afectar en algo a la política económica norteamericana?

Frapan, antes de responder, hizo un ademán grandilocuente. Luego, con énfasis, repuso:

—Yo... creo francamente que no. Al contrario. Como usted habrá podido observar, señor Yeudi, los Estados Unidos han concedido fabulosos créditos a algunos países europeos, precisamente para ayudarles a estabilizar su economía interior. Nosotros somos un país joven y rico al que no pueden todavía afectar los tropiezos económicos del Viejo Continente. ¿Usted me comprende, verdad?

—Desde luego. Por supuesto que sí, señor Frapan.

En aquel instante, uno de los invitados se acercó al anfitrión y golpeándole en un hombro, le dijo:

—¡Eh, Tony! ¿Olvidas la partida de póker que nos has prometido?

—¡Vaya..., ya no me acordaba! Voy inmediatamente. ¿Me disculpa, señor Yeudi?

—Naturalmente. Ha sido un placer, señor Frapan —y le hizo una media reverencia al estilo oriental.

Antony caminó hacia el grupo de amigos que le esperaban para jugar al póker. Sintió necesidad de usar el pañuelo y al meter la mano en el bolsillo en busca de aquél, se tropezó con un pedazo de

papel arrugado que él no recordaba haber puesto allí. Lo sacó, desdoblándolo.

Resultó que se trataba de una esquila, de un mensaje escrito en letra de imprentilla y que decía así:

«Señor Frapan: Referente a su presentación como candidato al puesto de senador por el Estado de Illinois, tengo algo muy importante que decirle. Le aguardo a las doce en punto en la biblioteca de su casa».

Anthony Frapan, con extrañeza, releyó un par o tres de veces la nota.

¿Quién la habría puesto en su bolsillo?

Quiso pensar que se trataba de un bromista, pero como suele ocurrir siempre, el instinto de la curiosidad se impuso a todos los demás.

Consultó su reloj de pulsera constatando que faltaban cinco minutos para medianoche.

Intrigado, dijo a los amigos que le aguardaban para la partida de póquer que esperasen un instante más, y puso rumbo a la biblioteca, abandonando aquella parte de la casa en que todo era bullicio y algazara.

Por una escalera de peldaños de fino mármol, que comenzaba en el *hall*, subió al piso superior, caminando a través de un pasillo muellemente alfombrado y flanqueado por varias puertas. Se detuvo frente a la penúltima de la izquierda..., dudó unos instantes, pero al fin accionó decididamente el tirador y entró en la estancia.

Se trataba de una sala amplia y regiamente amueblada, que se hallaba circundada toda ella por tupidos cortinajes de terciopelo granate. Las paredes estaban ocupadas por costosas estanterías de caoba, con complicadas molduras, que contenían libros encuadernados en piel y oro.

Frapan miró a su alrededor.

La estancia estaba desierta.

Volvió a mirar.

Y fue entonces cuando captó aquel extraño detalle.

Colgado de una percha de plástico, cuyo gancho superior había sido engarfiado en una de las molduras que bordeaban las estanterías... ¡se encontraba un pijama rojo!

Frapan no pudo contener una exclamación.

—¡Diablos! ¿Qué clase de broma es ésta?

Instintivamente se acercó al lugar en donde estaba colgando el pijama rojo.

Lo miró.

Y fue entonces cuando por espacio de fracciones de segundo, un sexto sentido le avisó del peligro que se cernía a su espalda.

Quiso revolverse, pero no llegó a tiempo. Porque algo muy duro, durísimo, estalló contra su nuca.

Anthony Frapan se fue hacia delante, de bruces a tierra, teniendo plena consciencia de que el golpe que había recibido era mortal.

Cuando su cuerpo chocó con la tupida alfombra que cubría todo el suelo de la biblioteca, ya estaba muerto.

Un criado lo descubrió por casualidad.

Y la velada, es obvio, concluyó en un espectáculo terrible en el que destacaban los gritos angustiosos y desesperados de la señora Frapan.

Fue avisada la policía.

Nada más llegar ésta se iniciaron las investigaciones preliminares, se tomaron declaraciones, se escucharon historias..., pero nadie supo aportar ningún dato concreto que ayudara a los servidores de la ley a esclarecer las circunstancias del por qué había sido asesinado Anthony Frapan.

Sólo una pista..., en apariencia absurda e incongruente: un pijama rojo.

Y la nota que fue hallada en uno de los bolsillos del muerto citándole en la biblioteca.

El teniente de la Brigada de Homicidios a quien había tocado encargarse del caso, tuvo la genialidad de obligar a todos los invitados a que escribieran en letra de imprentilla el texto del mensaje.

Pero su... genialidad, tampoco le sirvió de nada.

Aparentemente, el mayor de los enigmas, el más impenetrable misterio, rodeaba el asesinato de Anthony Frapan.

Dos días después del hecho, le fue comunicado al teniente de la Brigada de Homicidios, Edmond Birkins, que por causas que llevaban el membrete de «Top Secret», el FBI se hacía cargo de

investigar el porqué de la muerte de Frapan.

Edmond Birkins, de veras, exhaló un ruidoso suspiro.

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué motivos le impulsaron a solicitar su ingreso en el FBI, señor Drake?

Y en vista del silencio del otro, insistió:

—¿Qué motivos?

Después, sin formular más preguntas, esperó a que el muchacho decidiera cuál era la mejor respuesta para dar.

Milton Drake reflexionó, sin ponerse nervioso, por espacio de un par de largos minutos. Luego, vino su respuesta. Que sonó conspicua, comedida:

—Lo cierto es, señor, que nunca me he detenido a hacerme esa pregunta. Pero quizá si no me lo he preguntado es porque, precisamente, deseaba y deseo ser agente del FBI por encima de todo.

—Sea más concreto en su contestación, señor Drake.

—¿Más concreto? —repitió. Agregando—: Es mi vocación.

Enarcó las cejas el que hablaba con Drake.

—¿Es su vocación ser agente del FBI?

—Sí. Eso exactamente he querido decir.

—¿Y a qué le llama usted vocación, señor Drake?

Milton volvió a pensar con calma la respuesta. Era un muchacho alto, de facciones correctas y agradables, levemente pelirrojo, con algunas pecas salpicando su rostro y un mechón de cabellos cayéndole siempre sobre la ancha frente. Sus ojos tenían una vivísima tonalidad castaño claro y solían moverse con frecuencia y rapidez de un lado para otro denotando su capacidad observadora. Duro el mentón, agresivo, decidido, culminado en una barbilla que estaba dividida por un simpático y gracioso hoyuelo.

Al fin, repuso:

—Yo le llamo vocación a desear algo fervientemente. Cuando uno es niño ya desea algo. Por ejemplo... ¿Usted sabe que los niños

juegan a «buenos y a malos», no...?

Frankie Lawlor, inspector jefe de la División del Federal Bureau of Investigation en Nueva York, sorprendido por la pregunta, no pudo ocultar la sonrisa que acudía a sus labios sin dejar de contemplar al espigado pelirrojo que tenía enfrente.

—Sí... —respondió—, lo sé.

—Pues yo, cuando era niño, en lugar de eso, jugaba a «malos» y a «hombres del FBI». Yo siempre era un agente federal. Considero, señor, que mi vocación ya nace desde entonces. Hoy sólo trato de cristalizarla. De hacerla realidad.

—Bien. ¿Tiene usted título universitario, señor Drake?

—Lo tengo, señor. Sé que es imprescindible estar en posesión de él y de un título especializado, así como llevar tres años de experiencia profesional como mínimo, para poder solicitar el ingreso en el Federal Bureau[1].

—Y un muchacho que cuenta con todas esas aptitudes... —Mesuró Frankie Lawlor con la cabeza ladeada—, ¿tiene por vocación ser policía?

—Exactamente, señor.

—Usted ya sabe que un policía es un hombre gris y anodino que no tiene días de descanso, que se juega su vida por defender a la sociedad..., y que esa sociedad suele mirarlo por encima del hombro. ¿Se ha dado perfecta cuenta, señor Drake, de que elige usted un oficio muy ingrato?

—No existe la ingratitud cuando por encima de todo hay una enorme ilusión.

—Las ilusiones son a veces espejismos —habló el inspector jefe con la mucha experiencia de que le otorgaban sus años y su profesión. Agregando, tras una pausa de silencio—: Bien, de todas formas, si usted lo desea, hablaremos seriamente.

Milton Drake se sintió interiormente esperanzado. Su examinador oficial le daba a entender que estaba dispuesto a aceptar su candidatura como futuro agente del FBI.

—¿Ya está enterado... —preguntó Frankie Lawlor—, de que si llega a conseguir la meta de su vocación, es posible que se vea obligado a trabajar en cualquier parte del mundo, lejos de su patria?

—Sí, señor. Pero el estar lejos no significará que no esté

sirviendo a mi patria —repuso el pelirrojo con mucha intención.

—Veo que es usted muy agudo, señor Drake. Pero la agudeza suele ser a menudo un arma de doble filo..., no lo olvide. Bien... ¿sabe que, a un lado las pruebas de aptitud física y mental que habrá de sufrir a partir de ahora, si llega a ser elegido y termina su preparación de manera favorable, tendrá que trabajar ardua y pesadamente, y no siempre con una pistola persiguiendo malhechores, sino como un vulgar contable metido a investigar cuentas falseadas, defraudaciones o estafas, y también actuando como un hombre de laboratorio, recogiendo objetos que le parecerán sin importancia para examinarlos durante un período de largo y aburrido tiempo?

—Puede ponerme las dificultades y objeciones que quiera, señor. Nada hará decaer mi ánimo ni cambiar mi decisión.

—De acuerdo, señor Drake. Pero deje que le diga que se pasará días encerrado entre las cuatro paredes de una lóbrega y nauseabunda oficina, escribiendo informes rutinarios y monótonos, muy capaces de terminar con la vocación más idealizada que se pueda idealizar. ¿Sabe que ingresará, tras un grupo de pruebas teóricas, prácticas y orales, que han de probarnos su capacidad personal, en la Academia del FBI, situada en la Base de la Reserva Naval de Quántico —Virginia—, donde será ejercitado de una forma machacona y durísima en las más duras y difíciles tareas que puedan presentarse al hombre de acción que exigimos que usted sea?

—Sé todo eso, señor. Y sé también que antes de ello, deberé personarme en Washington y solicitar el ingreso en el Departamento Federal, pasando un breve período de examen como agente interino federal, período cuyo transcurso tiene una duración de cuatro meses.

—Bien, señor Drake. Veo que está usted perfectamente informado de todo. Es posible que llegue usted a ser un excelente *G-Man*..., so pena de que esa magnífica disposición que ahora presenta no flaquee luego.

—Nunca he dudado de mi entereza, señor.

—En tal caso...

La entereza del pelirrojo Milton Drake prevaleció.

Era el período previo, inicial, experimental. Pero supo afrontarlo

con una decisión y unos ánimos que desterraban prácticamente el espectro del fracaso. Salvó pruebas donde muchos otros se habían estrellado ostensiblemente, y lo que es más, las salvó airosamente y con gran brillantez.

Milton Drake fue a Washington.

Y llevaba ya cuatro semanas de las dieciséis que duraba el período de «agente federal interino» en la Academia del FBI y de Justicia de Washington, cuando una mañana fue llamado aparte por el instructor-jefe.

Quien le preguntó escuetamente:

—¿Está dispuesto para acompañarme al despacho del señor Edgar Hoover?

Drake se quedó de piedra.

¿Significaba aquello que había alguna queja contra el y se la iban a dar en presencia del director del FBI?

Ahogando la serie de dudas y preguntas que circulaban por su pensamiento, repuso casi sin voz:

—Sí..., sí, señor.

—Bien. Sígame.

CAPÍTULO II

El despacho, por sí solo, impresionaba.

Imponía respeto.

Pero muchísimo más la personalidad sobria y serena del director de un organismo, tan importante en el mundo entero, como lo era el Federal Bureau of Investigation.

El instructor-jefe se retiró de inmediato, y Milton Drake, el despabilado pelirrojo, sintióse unos instantes como perdido en aquel nuevo mundo en que para él se había convertido el despacho de John Edgar Hoover.

El director, sentado tras la enorme mesa que había en el otro extremo de la estancia, invitó:

—Acérquese y siéntese, señor Drake.

Con cierta premiosidad en los movimientos, obedeció.

Fue a sentarse en una de las butacas que habían al otro lado de la mesa.

Edgar Hoover carraspeó.

—No se sienta cohibido, señor Drake —dijo luego—. El motivo de su presencia en mi despacho tiene su génesis en un largo y complicado asunto que dentro de unos instantes le será explicado. Pero antes quiero decirle que voy a realizar con usted una auténtica excepción en los anales de la historia del FBI.

—Le aseguro que no comprendo, señor.

—Ahora lo comprenderá: *voy a nombrarle agente especial del FBI*. Mire esto... —Y empujaba un estuche en el que había el reglamentario revólver de calibre 38 y un carnet de identidad con las siglas FBI y el distintivo del Departamento de Justicia, con la balanza decisiva de la ley, con las franjas del escudo, con las hojas de roble, las estrellas y el lema fundamental: FIDELIDAD, BRAVURA, INTEGRIDAD. Seguidamente, agregó Edgar Hoover—: En cuanto se haya guardado el revólver y el carnet, ya es usted

agente especial del Federal Bureau of Investigation.

Milton Drake, trémulo de asombro y satisfacción, contempló ambas cosas sin atreverse a tocarlas. Le daba la sensación de que poner encima uno de sus dedos era algo así como cometer un sacrilegio.

Edgar Hoover, comprendiendo lo que le sucedía al muchacho, lo estimuló un tanto autoritariamente:

—¡Vamos, tómelo!

Obedeció, casi sin darse cuenta de lo que hacía.

—Es... es todo tan extraño, señor. De no ser porque le estoy viendo y hablando... diría que esto es un sueño.

—Puede tratarse de un sueño..., pero muy trágico para usted, Drake —dijo severamente el director del FBI—. Se le ha planteado a nuestro organismo una misión especial, complicada y difícil, para la cual hemos creído conveniente emplear un agente que no lo fuera... o a un agente «hecho» antes del tiempo. He pedido informes respecto a los aspirantes de la última promoción, y los más brillantes y efectivos han hablado del aspirante Milton Drake. Ése es el motivo fundamental por el que de una forma un tanto extraña y anecdótica acaba usted de ser nombrado agente del FBI, aunque en realidad, ÓIGALO BIEN, pasará usted POR UN ASPIRANTE EXPULSADO DE LA ACADEMIA FEDERAL DE WASHINGTON. De esta forma tendrá más libertad de acción y nadie sospechará que, en verdad, usted pertenece a nuestro organismo. ¿Ha comprendido, Drake?

—Bueno... —articuló un tanto confuso—, aunque se me están diciendo cosas contradictorias..., creo que he comprendido. Soy un agente del FBI dispuesto a actuar de incógnito.

La definición hizo gracia a John Edgar Hoover, quien exclamó:

—¡Es una frase simpática y acertada! Bien, ahora vamos a recibir a unos caballeros, que serán quienes en realidad le van a imponer de la difícil misión que se ha decidido confiarle a usted. ¿Se siente más tranquilo?

Asintió con la cabeza el pelirrojo.

—Sí, señor.

El director del FBI hizo entonces sonar un timbre que había encima de su amplia mesa y al instante se abrió una puerta lateral que por la derecha daba casi enfrente de aquélla, por la cual

aparecieron dos individuos de aspecto conspicuo que vestían con severa elegancia.

Luego de saludar a Edgar Hoover fueron a sentarse en dos de las butacas a la izquierda de Drake.

El director del FBI dijo:

—Le presento al senador por el Estado de Virginia, señor Ronald Laskey —señaló a uno de los individuos—, y a su secretario personal, el señor August Miller. Éste, caballeros... —señaló al pelirrojo—, es el nuevo agente especial Milton Drake.

Se estrecharon las manos, cruzándose las gentilezas y frases de rigor.

El senador Ronald Laskey era un hombre muy alto y delgado, de tez lívida que le confería un aspecto enfermizo, nariz aquilina muy perfilada y barbilla puntiaguda. Tenía los ojos grises y pequeños.

Su secretario, August Miller, era la verdadera antítesis física del senador. Bajo y rechoncho, con exceso de grasa en el cuerpo que se ponía más de manifiesto en el prominente abdomen y en la adiposa y doble papada. Su rostro era redondo, como mantecoso, y lucían en él unos vivos y movedizos ojos de color negro. Miller acarreaba un grueso portafolios que ahora descansaba sobre sus rodillas.

—El senador Ronald Laskey —habló de nuevo el jefe supremo del FBI, dirigiéndose en particular a Drake— encabeza un comité senatorial que se ha abierto con la intención de esclarecer definitivamente el caso... que hemos dado en llamar: «El asesino del pijama rojo». Usted mismo —miró Edgar Hoover al aludido—, ¿querrá explicarle a nuestro agente los pormenores del caso que le hemos asignado investigar?

—Sí... —carraspeó Laskey—, con gusto —e hizo una pausa de silencio para mirar atentamente al decidido y serio pelirrojo de rostro sombreado por algunas pecas. Acto seguido, empezó—: Imagino que le resultará chocante y hasta graciosa la denominación que le hemos dado al caso, cuya importancia, como ve, ha obligado a que abra un comité senatorial. Sin embargo, «el asesino del pijama rojo», le garantizo que aun pasando por título gracioso no corresponde a hechos o actos que tengan lo más mínimo de simpáticos. ¿Cree usted que en un crimen hay algo gracioso, agente Drake?

—Que a mí me parezca —respondió el aludido con cierto

desenfado, empezando a situarse sobre la confianza que solía tener en sí mismo—, no.

—Bien... —Siguió el senador—, no se trata de un crimen, sino de tres. Y ese terceto de asesinatos se han perpetrado en las personas de tres individuos que aspiraban a presentar sus candidaturas para el senado. Primero fue Gary Gable, de Miami, quien trataba de presentarse como candidato por el Estado de Florida. Luego se trató de Clark Cooper, que quería hacerlo por el Estado de Nueva York. Y el último ha sido Anthony Frapan, de Chicago, que presentaba su candidatura por el Estado de Illinois. Amén de ese vínculo como de candidatos al Senado, en los tres casos se aprecian dos circunstancias exactamente iguales. Primera: el hecho de que los occisos hayan sido asesinados con un golpe seco de karate en la nuca. Segunda: que en la estancia que sirvió para escenario del crimen, se haya encontrado un nuevo y flamante pijama rojo. August... —Laskey se dirigió a su secretario—, ¿quieres hacerle al agente Drake una exposición detallada de los tres crímenes?

Acto seguido, August Miller abrió el grueso portafolios. Extrajo un grupo de hojas que estaban cosidas por su extremo superior con una grapa, y empezó a leer desde la primera.

Su lectura resultó ser una exposición minuciosa, detallada y concreta, de cómo habían sido asesinados los candidatos al Senado, Gary Gable, Clark Cooper y Anthony Frapan.

Tras la exposición se hizo un lapso de silencio.

Lo rompió la voz bronca de Edgar Hoover, preguntándole al flamante agente especial:

—¿Qué opina usted, después de haber escuchado la lectura que de los hechos ha dado el señor Miller?

—Señor... considero que es algo aventurado dar una opinión concreta, pero yo me atrevería a insinuar que se trata, amén de un individuo muy fuerte como lo demuestran esos golpes secos de karate, de un criminal monomaniaco, puesto que se empeña en hacer ostensible ese absurdo detalle del pijama rojo.

—Eso mismo pensamos nosotros al principio —aceptó el senador Ronald Laskey—. Pero ahora, después de analizar el asunto a fondo, hemos considerado que el detalle del pijama rojo no es todo lo absurdo que parece. Ese pijama simboliza algo... y por su color

hemos llegado a la conclusión de que simboliza al comunismo. O sea, que nos hallamos ante una maniobra política y de espionaje, que tiene por objeto eliminar a todos aquellos candidatos al Senado que, aunque no oficialmente, sí en potencia, comulguen con teorías social-comunistas. De esa forma, llegará un día en que todo el Senado estadounidense estará movido por un cerebro esotérico que bien pudiera tener sus raíces en Moscú. ¿Comprende la situación, agente Drake?

Cabeceó el pelirrojo, pero puntualizando:

—Me parece una teoría o hipótesis muy aceptable y digna de tenerse en cuenta. Pero, por otro lado, sigo opinando que es absurdo simbolizar el comunismo con un pijama rojo. ¿No sería más concreto hacerlo con una hoz y un martillo?

Ronald Laskey permaneció unos instantes dubitativo.

—Ese simbolismo —habló al fin—, es una deducción, o como usted bien dice, una hipótesis nuestra. Muy directo por su parte lo de la hoz y el martillo..., pero entonces estaría tan claro, que tendríamos opción a entablar una polémica política con el Kremlin. El simbolismo, desde luego, existe. Pero por medio de ese pijama rojo se presta a cien distintas interpretaciones. Como usted ha dicho, por ejemplo, a suponer que se trata de un criminal monomaniaco. Pero..., *¡fíjese bien, un pijama rojo no nos da pie a entablar polémicas políticas con nadie*. Podemos tener nuestras sospechas, pero sin que exista manera concreta de darles forma. Insisto, Drake, que se trata de una maniobra política llevada a la práctica a través de una de las muchas redes de espionaje que se mueven en el interior de la geografía estadounidense.

—Hasta ahora le hemos hablado de sospechas y teorías, Drake —intervino el director del FBI—. Pero usted ha sido nombrado agente especial sin haber concluido su curso de formación, precisamente para que investigue este asunto y nos dé la respuesta exacta por medio de hechos concretos. Su misión específica es terminar, o mejor dicho, exterminar al asesino del pijama rojo. Pero, además, es necesario que usted averigüe los intereses que ha estado sirviendo ese misterioso individuo al asesinar a los candidatos senatoriales.

—¿Me permite una sugerencia, señor? —inquirió Drake.

—Adelante —dijo John Edgar Hoover.

—Dado mi caso especial de agente... expulsado, ¿por qué no puedo aparecer por cualquier punto de Estados Unidos como candidato al Senado?

—Admito que la idea es excelente, pero ese hombre de paja ya lo tenemos previsto, o ya lo habíamos previsto antes. Con motivo de la reciente muerte de Anthony Frapan, otro individuo anunciará su presentación como candidato al Senado por el Estado de Illinois. Se trata de Harold Forseth, un magnate de las finanzas en Chicago, un hombre íntegro que no ha vacilado en cooperar con el FBI cuando se le ha pedido que lo hiciera. Afortunadamente, aún son muchos los que conservan sentimientos de integridad patriótica. Harold Forseth facilitará notablemente su misión, Drake, ya que tendrá una referencia o punto de apoyo en donde afianzar sus investigaciones. Ahora bien, por encima de todo, es imprescindible que proteja la vida de ese hombre que no vacila en arriesgarla por ayudar a la ley.

—Señor..., el protegerla no significa que pueda garantizarla. Es obvio que no podré estar continuamente junto a Forseth, porque ello despertaría sospechas. Mi vigilancia tiene que ser discreta...

—Sé todo eso, Drake —le atajó el director del FBI—. Pero los informes que he recibido de usted son tan sumamente excelentes, que ello me hace concebir la esperanza de que es capaz de llegar hasta donde para otros es imposible.

—Trataré de no defraudarle, señor.

—Bien. La dirección en Chicago de Harold Forseth es la siguiente: Irving Park Road, 1673. Está exactamente detrás del Chicago International Airport. Forseth no anunciará su candidatura hasta pasado mañana. Y usted, Drake, mañana ya se encontrará en Chicago. ¿Entiende?

—Perfectamente, señor.

—Trate de mantenerme informado de sus progresos, para que yo al mismo tiempo pueda informar al comité senatorial que preside el señor Laskey.

—Así lo haré, señor.

—¿Necesita alguna explicación más, Drake?

—No, señor.

—Entonces..., el señor August Miller le hará entrega del expediente que se ha construido sobre el asesino del pijama rojo para que lo estudie detenidamente. Ya he dado orden de que lo

dispongan todo para su marcha —se puso en pie y le tendió la mano—. ¡Buena suerte, Drake!

—Gracias, señor. Caballeros... —Se dirigió a los otros dos—, ha sido un placer.

CAPÍTULO III

El 1673 de Irving Park Road, exactamente a espaldas del Chicago Internacional Airport, era una suntuosa residencia en la que se mezclaban distintos estilos arquitectónicos —bien barajados—, predominando el neoclásico inglés, rodeada por un amplísimo y espacioso jardín, con visos de bosque, en el que había un par de piscinas, un pequeño campo de golf, tres pistas de tenis, setos, cuadros de césped y flores, arbustos y demás cosas que es lógico encontrar en un jardín.

La casa estaba construida en piedra blanca y, al igual que aquellas mansiones ochocentistas de Virginia, Georgia y Alabama, que se rodeaban de plantaciones de algodón, ésta se hacía rodear por el inmenso jardín y se alzaba casi al fondo de aquél, irguiéndose con aire señorial y majestuoso.

Un sendero que serpenteaba con su piso de arena y grava por el bosquecillo, conducía desde la entrada de la verja hasta el punto en donde se iniciaban las amplias escalinatas de piedra que conducían hasta el porche de la finca, flanqueado por una doble columnata que parecía ser de un mármol rosado.

«Debía sentirse uno alguien —pensó Milton Drake a la vista de todo aquello—, viviendo en un lugar como aquél».

Con esos pensamientos salvó las escalinatas y cuadrándose en el porche, frente a la puerta, oprimió el zumbador incrustado en la parte izquierda de la jamba donde ésta se fusionaba ya con la piedra.

Escuchóse un musical campanilleo.

Y en menos de un minuto acudió a abrir la puerta un mayordomo vestido con la rigurosa elegancia que a su cargo se le exigía.

Con tono cortés, aunque midiendo al pelirrojo de arriba abajo en una de esas miradas desconfiadas de apreciación, inquirió:

—¿Qué desea, señor?

—Mi nombre es Milton Drake. Acabo de llegar de Washington y tengo un asunto importante que tratar con el señor Forseth.

—Lo lamento. El señor no está en casa. Pero si el asunto que a usted le trae es tan importante como dice, y desea verlo de inmediato, podrá hallarlo a estas horas en su despacho del Banco.

—¿Le importaría darme la dirección?

—Ahora mismo. ¿Toma nota?

—Sí —respondió el pelirrojo, sacando un pequeño bloc y un bolígrafo—. Ya puede decirme.

—Ashland Avenue, 959. El edificio está en la misma esquina de Ashland Avenue con la 47th Street. ¿Ha comprendido?

—Sí. Muchísimas gracias.

—No se merecen.

Hizo una reverencia el mayordomo y cerró la puerta despacio y educadamente.

Milton Drake deshizo lo andado, plantándose en medio de Irving Park Road.

Tuvo suerte, porque aún no llevaba un minuto mirando de un extremo para otro de la calle, cuando pasó por las cercanías un taxi con el indicador de «libre» encendido.

Milton agitó la diestra en el aire y el vehículo fue a detenerse junto a la acera, cerca de él.

Saltó al interior, y consultando las señas anotadas en el bloc, dijo:

—Al 959 de Ashland Avenue. Está en la confluencia con la 47 th Street.

—O.K., jefe. Vamos al instante.

Puso el automóvil en marcha y tuvo que hacer una maniobra para virar y lanzarse por Irving Park Road en sentido opuesto al que había venido circulando. Siguió recto, atravesando varias de las populosas arterias de la ciudad chicaguense, todas ellas con un denso y nutrido tránsito, hasta desviarse a la derecha por Wilwaukee Avenue. Ésta era una amplia avenida que descendía en diagonal desde un tercio norte de la ciudad hasta ir a morir en Clinton, un barrio de callejuelas estrechas y sórdidas, en las inmediaciones del Lake Michigan, conocidas por Meigs Field. Por la misma Wilwaukee Avenue pasó a Ashland Avenue a la altura de

División Street. Luego sólo tuvo que descender en línea recta hasta llegar al cruce con la 47th Street.

—Hemos llegado, amigo. Un dólar sesenta.

A ese precio, Milton agregó los cuarenta de propina que faltaban para hacer la cuenta redonda, y saltó de inmediato a tierra oteando el horizonte.

Pronto tropezaron sus ojos castaños con el edificio, sólido edificio que parecía nacido de un enorme bloque granítico, que buscaba. Y es que en el cruce de aquellas dos calles destacaba poderosamente, por encima de las demás, la construcción que pertenecía al

Forseth & Trust

Banking Corporation.

Milton, decidido, se encaminó hacia una de las puertas giratorias que daban acceso al interior del Banco.

Adentro se vivía a un ritmo auténticamente febril; casi podría decirse que neurótico. Se confundía el tecleto de las simples máquinas de escribir con el giro de los engranajes de las de calcular y sumar, añadiéndose a ello el clink-rask característico de los ordenadores electrónicos y de las perforadoras de IBM.

Amén del concierto mecánico, los altavoces repetían con frecuencia el número de talón y la ventanilla en que éste se haría efectivo, para quienes esperaban cobrar un cheque. A un lado las conversaciones a media voz, el rasgueo de las plumas sobre los papeles impresos, etc.

El enorme vestíbulo circular del

Forseth & Trust

Banking Corporation era un genuino ejemplo de la vida mecanizada y enfebrecida de las grandes urbes como Chicago.

Milton Drake, dando una vuelta a su alrededor, se sintió perdido por unos instantes en el interior de aquella jungla financiera.

Fue casi a tropezarse con un ordenanza.

—El señor Forseth espera mi visita —le dijo de una forma concreta—. ¿Dónde puedo verle?

—A ver, sígame.

Le precedió, introduciéndole por un pasillo que poco a poco le alejaba de la barahúnda, en momentos casi estrepitosa, que reinaba en el vestíbulo de la entidad bancaria.

Al pasillo asomaban enormes puertas de pesadas molduras, forradas la mayor parte de aislante o de gutapercha.

El ordenanza, abriendo una y haciéndose a un lado, le dijo:

—Le dejo con la señorita Sauve, que es la secretaria particular del señor Forseth.

Cerró la puerta.

Era un despacho de reducidas proporciones, pero amueblado con gusto exquisito. Y si algo destacaba dentro de él era, precisamente, Dorothy Sauve. ¡Aquello era tener una secretaria bomba! La muñeca estaba bien, extraordinariamente bien —de eso se percató Milton en seguida— por cualquier punto que se la mirase. Estaba sentada a una mesa metálica, por debajo de la cual, debido a lo corto y estrecho de la falda, asomaban, desde antes de las preciosas rodillas, un par de piernas torneadas y escultóricas, fabulosas. Ella, al ver a Milton, se puso en pie.

Su cara era, más que bonita, picaresca. Quizá por la breve y respingona nariz que se detenía frente a una roca de labios ya de por sí escarlatas, que ella se encargaba de acrecentar con un fijo y brillante *rouge baiser*. Era intensamente morena.

Y su voz, intensamente cálida y sensual, al preguntar:

—¿Qué desea, señor...?

—Bueno...

—Aún no me ha dicho su nombre.

—Milton Drake.

—Suená bien, desde luego. Y a un lado sus deseos particulares —puntualizó con cierta ironía—, ¿cuál es el motivo de su presencia aquí, señor Drake?

—Sencillamente, que acabo de llegar de Washington y tengo un asunto de interés que tratar con el señor Forseth. El espera mi visita. ¿Quiere ser usted..., además de tan maravillosa, tan amable de anunciarme?

—Sospecho que si nos frecuentamos seremos buenos amigos, Milton —dijo ella, tratándole con toda familiaridad.

El no se quedó corto, al preguntar:

—¿Cómo te llamas, preciosidad?

—Dorothy.

—Además de sonar bien, es bonito. ¿Quieres anunciarle a tu jefe mi visita, prenda?

—O.K., pelirrojo.

Dorothy Sauve se encaminó a una puertecilla situada en el vértice izquierdo de la estancia y que, sin duda, la comunicaba con el despacho adyacente.

Tardó unos minutos en regresar. Y lo hizo, diciendo:

—El señor Forseth te espera, pelirrojo.

Cuando Milton se encaminó hacia la puertecilla tuvo que pasar junto a Dorothy, casi rozándola; ella aprovechó para decir:

—A las dos de la tarde, termino.

—Si nada me lo impide haré que esa hora sea el principio de algo delicioso, muñeca.

Y cruzó el umbral de la puertecilla, adentrándose en un lujoso despacho, volteado por densos cortinajes de una tela similar al terciopelo, pero menos tupida que ésta.

Al fondo, en el centro, había una mesa tallada en nogal. Tras ésta, pendiendo de la pared, una fotografía del presidente Lyndon B. Johnson y una banderita de Estados Unidos. Sentado a la mesa un hombre, que se puso en pie al ver entrar al pelirrojo.

—Bien venido, amigo Drake.

Y le señalaba uno de los cómodos butacones.

Milton se llevó una ligera sorpresa, puesto que Harold Forseth era bastante más joven de lo que él había imaginado. Ahora se explicaba que gastara aquel tipo de secretaria bomba. Forseth debía contar unos treinta y dos años de edad, era alto y fornido, elegante, y su rostro mostraba unas facciones muy correctas y agradables.

Hasta parecía imposible que un hombre de su juventud hubiese escalado tan pronto el puesto que él ocupaba.

Milton se dijo que sería cosa de herencia.

Tomó asiento.

Dijo:

—No hace falta que le explique los motivos de mi presencia en Chicago, ¿verdad?

—Por supuesto. Y usted tampoco ignora mi papel en la escena que vamos a representar para ver de capturar al asesino del pijama rojo.

—Personalmente, me informó de ello el señor Edgar Hoover. Pero hay algo que verdaderamente no comprendo. El por qué un hombre de su carrera y posición social arriesga la vida por el hecho

de contribuir a capturar un asesino, cuando en realidad, el caso no le va ni le viene.

Sonrió Forseth, diciendo:

—Le aclararé eso, Drake. El senador Wallace fue quien pidió mi colaboración en el asunto. Y usted no debe ignorar que Wallace simpatiza y tiene gran amistad con el señor Edgar Hoover[2].

—Algo de eso he oído. Bien..., ahora que estoy aquí, ya puede usted anunciar la presentación de su candidatura al Senado. Yo, en los casos que sea necesario, puedo pasar, por ejemplo, por un compañero de estudios.

—Perfecto. Y amén de anunciar la presentación de mi candidatura, debo proporcionarle al asesino la oportunidad de que actúe sobre mí. Tengo noticias de que en los casos de Gary Gable, Clark Cooper y Anthony Frapan fueron asesinados en el transcurso de fiestas o veladas que ofrecían con motivo de la presentación de su candidatura. Yo pienso ofrecer una recepción en mi residencia, el martes próximo. ¿Está de acuerdo, Drake?

—En principio, sí. Pero es necesario que antes recorra su casa y me familiarice con todas las dependencias, amén de con los miembros del servicio. Me gusta conocer el terreno que piso.

—No hay ningún inconveniente en ello. ¿Dónde se alojará, Drake?

—En cualquier hotel del centro de Chicago. ¿Cuándo puedo verlo en su residencia, señor Forseth?

—¿Le parece bien esta noche a las ocho?

—De acuerdo.

—Entonces, si usted me lo permite, seguiré trabajando...

—¡Oh, sí! Me marcho inmediatamente —se puso en pie Drake, tendiéndole la derecha al otro—. Ha sido un placer conocerle, señor Forseth.

—Por favor, le ruego que elimine el obstáculo «señor». Somos dos hombres jóvenes de teorías avanzadas, ¿no? Familiaricemos desde un principio: Harold o Forseth a secas. ¿Entendido?

—Correcto. Hasta esta noche.

Y salió del despacho.

No tenía mucho que hacer y no fueron ganas lo que le faltaron de ir a esperar a Dorothy a las dos. Pero por simple ética, le pareció de mal gusto andar tonteando con la secretaria del hombre que

había de colaborar con él en un asunto tan delicado como lo era el caso del asesino del pijama rojo.

Se dedicó a buscar un lugar para alojarse.

Y lo hizo en el Transit Hotel, cuyo edificio se ubicaba en el número 673 de Laramie Avenue, no muy lejos de la residencia de Harold Forseth.

Por la tarde se dedicó a recorrer la ciudad —Milton sólo había estado en Chicago una vez y sin tiempo material de visitarla—, haciendo tiempo para su cita con Forseth.

A las ocho en punto se plantó frente al 1673 de Irving Park Road.

El mayordomo le condujo al despacho de Forseth, quien ya lo estaba esperando.

De entrada, le dijo:

—Algunos periódicos de esta noche ya publicarán, con cierto sensacionalismo, mi presentación como candidato a un puesto en el Senado. Mañana en la mañana ya hablará de ello toda la Prensa de Chicago.

—Trabaja usted aprisa, ¿eh, Forseth?

—Me gusta ser activo, Drake. Y ahora, si está dispuesto, empezaremos a recorrer mi residencia.

—Cuando guste —aceptó el pelirrojo.

No fue solo aquélla, sino varias noches, las que dedicó el agente especial del FBI, Milton Drake —a quien aparentemente habían expulsado de la Academia Federal de Washington—, a recorrer y familiarizarse hasta con el último recoveco de la residencia de Harold Forseth.

En el transcurso de aquellos días los periódicos le dieron auge y empuje a la noticia de la presentación de su candidatura al Senado por parte del banquero Harold Forseth.

Y en los ecos de sociedad se habló, y mucho, de la recepción que con tal motivo ofrecería.

CAPÍTULO IV

El pelirrojo Milton Drake se encontraba un tanto incómodo dentro de aquel opresivo *smoking* de media etiqueta.

Para un hombre partidario de los atuendos deportivos como lo era él, verse vestido de aquella manera constituía un auténtico suplicio. Hasta le daba la sensación de que no se movía con la elasticidad ágil que en él era habitual.

—¿Más champaña, señor? —le preguntó el fámulo que acababa de acercarse, portando una bandeja de rebosantes copas de áureo y espumoso líquido.

—No, gracias —dijo Drake, sonriendo.

Sus ojos castaños iban de una parte a otra de la engalanada e iluminada sala, tratando de intuir al posible asesino del pijama rojo que, forzosamente, tenía que hallarse entre la concurrencia.

Drake se sonrió a sí mismo al preguntarse si los asesinos tenían un rostro o expresión especial.

A un lado los hampones habituales de los barrios bajos, un asesino de guante blanco, psicológicamente tenía que comportarse y ofrecer la imagen de una persona afable, educada, elegante, de suaves ademanes y tono de voz queda. Tenía que presentarse a la inversa de como era en realidad. Máxime si, como en aquel caso, se veía obligado a frecuentar ambientes de alta aristocracia. Un individuo que no fuese lo cortés y educado que exigían las circunstancias, hubiese destacado de inmediato entre los asistentes a una velada como la ofrecida por Harold Forseth.

Milton, luego de hacerse estos razonamientos, pensó que el asesino podía ser cualquiera de los etiquetados y sonrientes invitados que circulaban a su alrededor. Era inútil que hiciera un esfuerzo por tratar de identificarlo, porque no lo conseguiría.

Lo importante era no perder a Forseth de vista.

Ahora lo tenía a menos de tres yardas, rodeado por un grupo de

contertulios que, a juzgar por la conversación, eran colegas de Harold en el terreno bancario.

Drake tuvo hasta tiempo de pensar que se estaba aburriendo soberanamente.

¿Y si el asesino no hacía en aquella ocasión acto de presencia?

Eso le preocupaba. Por la sencilla razón de que Milton deseaba que su primer caso, luego de ser nombrado agente especial tan precipitadamente, se viera coronado por un sonado éxito. Moralmente no podía defraudar la confianza que el propio director del FBI había demostrado tener en él. Y ello, en verdad, era un hándicap, porque hacía que Drake se moviera con mayor nerviosismo del que hubiera tenido de no ser tan grave la responsabilidad contraída.

Por en medio de sus pensamientos se filtraron las primeras notas de la pieza que atacaba la orquestina situada en el ángulo izquierdo de la sala, sobre un entarimado que la alzaba unos veinte centímetros del suelo.

Eran las notas del conocido y romántico vals, *Cuentos de los bosques de Viena*.

Fue entonces cuando la muchacha tropezó con él.

—¡Oh...!

—Le ruego que no me pida perdón —sonrió Milton—. Una mujer tan preciosa como usted siempre está disculpada.

Ella parpadeó.

—Es ésa una frase aprendida..., ¿o le ha salido espontánea?

—Tan espontánea como su belleza, señorita...

—Donna Simpson. Reporter femenina de ecos de sociedad del *Chicago Sun*. ¿Y usted?

—Milton Drake. Habitual desocupado que espera la oportunidad de poder charlar con una mujercita tan maravillosa como usted, Donna.

—Conseguiré hacerme enrojecer, Milton.

En realidad, Donna Simpson era una rubita de veras preciosa. Más que eso, dimanaba de ella un aire que la convertía en una mujer genuinamente cautivadora. El hombre que la mirara, ya sólo podía tener ojos y oídos para ella. Era de mediana estatura, con un cuerpecito atractivo y bien formado, nada exhaustivo, pero con los alicientes precisos. Tenía el rostro ovalado, parecía de auténtico

nácar, dada su tersa blancura, y unos enormes ojos azul claros, transparentes y cristalinos, en los que reverberaba la luz como si se tratasen de dos espejos; dos maravillosos círculos azules que tenían vida propia y movilidad en el interior de unos reductos elípticos, puntiagudamente prolongados hacia las sienes. Su boca era una pincelada roja, una herida sangrante en aquel rostro de nácar.

—Si enrojece se pondrá aún más hermosa —dijo él—. ¿Asiste a la velada en plan profesional?

—Sí... y no. Sí, en el sentido de que una nunca puede olvidarse de que es periodista. ¡Pero...! Diría que usted se aburre, Milton.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Pura psicología —sonrió ella. Agregando—: ¿Por qué no me invita a bailar? Es un vals maravilloso.

Milton Drake se mordió nerviosamente el labio inferior.

—Es que... —balbució torpemente, tratando de salir del paso, puesto que no podía decirle que él estaba allí para vigilar si un asesino se acercaba a Forseth.

—¡Oh...! —exclamó ella, coqueta, atajándole—. Ya veo que sus galanterías de antes eran pura palabrería. Si me encontrara tan preciosa como ha dicho, bailaría conmigo —y ahuecando su boquita en un mohín delicioso, suplicó—: Por favor...

Milton no supo cómo ni cuándo sucedió. El caso es que se encontró girando por la sala al compás de los *Cuentos de los bosques de Viena*, llevando entre sus brazos el cálido y frágil cuerpecito de Donna Simpson.

* * *

Harold Forseth se vio apartado del grupo de amigos con quienes charlaba por una mano suave que tiraba de él.

Se trataba de su esposa Pamela, quien le dijo:

—Ven, Harold. Quiero presentarte a un enigmático financiero del misterioso Egipto.

—¿Se trata de un capricho?

—Acéptalo así.

Encogiéndose de hombros, Harold le ofreció el brazo a su bella esposa. Tan acostumbrado estaba a acceder a sus caprichos, que al menos aquel de ahora podía considerarse fácil de realizar y, sobre todo, económico.

Ella lo llevó hacia el ángulo opuesto de la estancia en donde se

encontraba el entarimado sobre el que estaba la orquesta.

Intuyó, por su solitaria presencia, al enigmático financiero que Pamela quería presentarle.

Se trataba de un elegante y apuesto individuo, enfundado en un severo *smoking* de color azul-negro, que tenía una profunda y penetrante mirada con sus ojos de intenso verdor que parecían muy capaces de leer el pensamiento de los demás.

—Señor Yeudi... —dijo la mujer al llegar junto a él—, le presento a mi marido. Harold..., el señor Yushub Yeudi, muy vinculado a las finanzas de su país, Egipto.

El oriental extendió presta y educadamente su mano derecha.

—Es un verdadero placer conocerle, señor Forseth.

—Permítame que le corresponda con el mismo deseo, señor Yeudi. ¿Lleva mucho tiempo en Estados Unidos?

—Sólo un mes..., aproximadamente. Aprovecho un viaje de placer para constatar ciertos puntos de la política económica estadounidense. Para mí, todo lo que veo aquí significa aprender. Como usted no ignora, mi país, Egipto, se considera todavía un país subdesarrollado, y lo es en realidad. Actualmente, la renta anual per cápita, no alcanza a cubrir, ni muchísimo menos, las exigencias que la subsistencia le plantean a un egipcio de la clase que podemos llamar humilde. Además, políticamente, las continuas fricciones con Israel, han perjudicado notablemente nuestro desarrollo social-económico. En más de una ocasión he opinado e incluso sugerido que la solución a nuestro problema económico bien podría encontrarse recurriendo a un préstamo de ayuda por parte de Estados Unidos. Usted, señor Forseth, como banquero, ¿qué opina al respecto?

—Su pregunta, señor Yeudi, es un tanto difícil y compleja de contestar. Yo, particularmente, opino que no deben existir inconvenientes económicos, de ese factor estricto, para que Estados Unidos pueda conceder un crédito de divisas a Egipto como lo ha hecho con otros países. Sin embargo, por encima de los económicos, juegan una serie de factores e intereses de tipo político, en donde puede hallarse, si se busca, el verdadero obstáculo que interfiera la cristalización del préstamo a que usted alude. Imagino que no ignora, señor Yeudi, que América del Norte abrió una pequeña rencilla política con los países árabes desde el día en que votó

decididamente por la libertad de Israel.

—Rusia también votó por la independencia de Israel, y ello no ha redundado en menoscabo de las avenencias políticas entre Moscú y los países árabes. Y si mal no recuerdo, en la Asamblea de las Naciones Unidas del 29 de noviembre de 1947, Rusia votó en favor de la partición antes de que lo hicieran Estados Unidos.

—Cierto. Pero eso, usted lo sabe tan bien como yo, no dejó de ser una maniobra política. Si un país de régimen social-comunista como Rusia votaba por la partición, obligaba a que un régimen demócrata como el de América del Norte hiciera lo mismo. Sin embargo, Rusia jugaba con la ventaja de conservar su amistad con los países árabes, mientras predisponía a Estados Unidos a tropezar con una serie de barreras políticas. Esas barreras no son un mito, sino una realidad que se ha mantenido a través de los años y que, en lo que respecta a algunos países, en lugar de atenuarse se ha acrecentado.

—Sugiere usted, señor Forseth, que entre esos países está Egipto.

—Podría ser...

—Y trasladando la misma operación a otro terreno, ¿no cabe la posibilidad de que una empresa bancaria hiciera un préstamo de carácter particular a cualquier país árabe..., no mencionemos ninguno específicamente?

Harold Forseth miró a su interlocutor con largueza. Se dijo que no conocía de nada a Yushub Yeudi y que ignoraba quién podía haberle invitado a la recepción. Algún amigo común de ambos... quizá.

Tras la pausa de silencio, respondió:

—Eso es muy difícil, por no decir imposible. Ese préstamo efectuado por una entidad particular podría muy bien llamarse, comercialmente, exportación de divisas. Y usted sabe, señor Yeudi, que las operaciones de importación y exportación son controladas por el Gobierno. Bastaría un «no» rotundo para impedir esa transacción. Y entonces, la única forma de realizar el préstamo, sería clandestinamente.

—¡Oh, no...! —exclamó el de los penetrantes ojos verdes—. Nunca ha sido mi intención pensar en una empresa clandestina o ilegal, que, de ser descubierta, entonces sí que predispondría a superiores fricciones políticas. Y ya no quiero importunarle más,

señor Forseth. Aunque la velada en su residencia está resultando de lo más acogedor y agradable, ciertas obligaciones me imponen la necesidad de ausentarme —le tendió la diestra—. Me ha encantado conocerle, señor Forseth.

—También por mi parte, señor Yeudi.

Al quedar solo, Forseth hizo un movimiento mecánico con la mano, rozando un papel que sobresalía del bolsillo del *smoking*. Lo extrajo, yéndose a un lugar apartado para leerlo.

Estaba escrito en letra de imprentilla y decía así:

«Señor Forseth:

»Con respecto a su candidatura al Senado, tengo algo particular e importante de que hablarle. Le espero dentro de cinco minutos en su propio despacho».

Harold Forseth se dijo para sus adentros que el asesino ya empezaba a dar coletazos de vida.

Seguro de que Drake iba tras él, pero sin preocuparse de constatarlo, se encaminó hacia su despacho con una tenue sonrisa en los labios. Había llegado el momento de echarle el guante al asesino del pijama rojo.

Después de *Cuentos en los bosques de Viena* fue *El Danubio azul*; después, *Voces de primavera*; luego, *Sangre vienesa*; siguió *Aceleraciones...*

La orquesta, igual que una antigua pianola, empalmó un vals con otro y Milton Drake no cesó de girar en torno a la sala, siguiendo el compás de aquellas notas siempre románticas. El tibio calorcillo que emanaba del cuerpecito de Donna Simpson le había embriagado de tal modo que la realidad de su presencia allí había caído en el olvido.

Al dar algunas vueltas, sus labios rozaban la mejilla femenina y entonces le sacudía un estremecimiento de placer. Los grandes y translúcidos ojos de Donna le cautivaban cuando se clavaban tan profundamente en los suyos; incluso sentía un extraño cosquilleo en la espalda.

Fue al terminar el último vals, cuando la orquesta decidió tomarse un respiro, el momento en que el pelirrojo Drake volvió a la realidad.

Con un vistazo abarcó la estancia buscando a Harold Forseth.

No lo vio.

—¿Ocurre algo, Milton? —preguntó la rubia reportera al ver el interés con que él miraba de un lado para otro.

—No..., no... —respondió confusamente—. Es que acabo de recordar que tenía un encargo que darle a nuestro anfitrión. ¿Me permites unos instantes?

—Sí, por supuesto.

Milton se dirigió hacia el grupo de señoras en el que se encontraba la esposa de Harold.

—Señora Forseth..., tiene la bondad.

Pamela Forseth iba elegantemente vestida con un ajustado traje de noche negro, sobre el cual, amén de sus propios relieves, que destacaban por sí solos, también relucían un buen puñado de broches, agujas y alhajas.

Era guapa. Fabulosa. En otros tiempos se había dicho de ella que era la mujer más guapa y elegante de todo Chicago. Ahora, aquel vestido negro aumentaba su hermosura.

—¿Qué ocurre, Drake?

—¿Ha visto a su esposo?

—No. Hace rato que lo dejé hablando con Yushub Yeudi. No haga caso, quizá se ha escondido. Esta clase de fiestas le aburren soberanamente.

—Gracias. Con permiso...

Milton rehusó el consejo de no hacer caso.

Y empezó a recorrer la residencia en busca de su propietario.

Cuando constató que no se hallaba en ninguna de las salas abiertas e iluminadas para la velada, como siguiendo una corazonada o un presentimiento, se dirigió hacia la biblioteca y despacho de Forseth.

Abrió la puerta bruscamente.

Y con lo primero que se tropezaron sus ojos fue... ¡con el pijama rojo, cuya percha había sido engarfiado al respaldo de una silla!

Luego vio el cuerpo de Harold Forseth.

Tirado sobre la alfombra. De bruces. Muerto. Desnucado por un certero golpe de karate.

—¡Maldita sea! —masculló el federal, apretando los puños.

Pero ya era tarde para lamentaciones.

Había fallado en la primera parte de su misión proteger la vida de Harold Forseth.

CAPÍTULO V

El forense estuvo mirando detenidamente el cadáver.

Luego se acercó a Milton —quién había mostrado sus credenciales al teniente de la Brigada de Homicidios que acudiera a la llamada, haciendo hincapié en que el asunto recaía de lleno dentro de la jurisdicción federal, diciéndole, además, que la brigada tenía que limitarse a levantar el cadáver y dejar el caso en manos del FBI—; decíamos que el forense se acercó a Milton, explicándole:

—No cabe la menor duda. Harold Forseth ha sido asesinado de un hábil golpe de karate propinado en la nuca.

—¿Y usted cree, doctor, que cualquier persona que conozca el karate puede matar de un solo golpe?

—Es difícil responder a su pregunta, agente. Pero particularmente, yo opino que debe tratarse de un habilísimo luchador, además de un superdotado, ya que no todos los practicantes del karate pueden asestar los golpes con la misma fuerza; aunque, es posible, que sí puedan hacerlo con parecida efectividad.

Las explicaciones del médico forense no añadían nada nuevo ni de particular a lo que el pelirrojo Drake sabía.

Dijo:

—Gracias, doctor.

Y a continuación se fue junto al teniente de la Brigada de Homicidios, Charles Manning (que era el que estaba de guardia en el precinto que correspondía a aquel sector), diciéndole:

—Le agradecería, Manning, que sus hombres interrogaran a los invitados.

—Lo haré con gusto, Drake. Pero le prevengo de que con la confusión, muchos se han largado.

Manning estaba en lo cierto. Un buen número de los que hasta descubrirse o hasta ocurrir el crimen habían ocupado los salones de

la engalanada residencia de los Forseth, aprovechando la confusión creada al saberse la dramática noticia, para no verse envueltos en interrogatorios policíacos, se habían marchado.

Drake tuvo interés en saber si la muchacha que había estado bailando con él, precisamente en los instantes que se producía el crimen, seguía en la residencia. Por eso recorrió todas las salas en busca de la preciosa rubita Donna Simpson, pero no la encontró.

Ese hecho hizo que Milton pensara detenidamente en el asunto. Y una sospecha le asaltó: ¿Y si Donna lo había entretenido intencionadamente, mientras el asesino mataba a Forseth? Era difícil dar una respuesta a tal interrogante ya que, de contestarlo afirmativo, habría que llegar a dos conclusiones. Una: que el asesino conocía a Milton Drake y sabía la misión que estaba desarrollando junto a Forseth. Otra: que la encantadora muchachito rubia estaba en connivencia con el asesino. ¿Tenía en realidad Donna Simpson aspecto de ser cómplice de un criminal? Por su apariencia había que responderse que no; pero a Drake le habían enseñado, en sus días de permanencia en la Academia Federal de Washington, que las apariencias engañaban a menudo.

No obstante, investigaría aquel punto. Recordaba que Donna le había dicho que era reporter de sociedad del *Chicago Sun*.

También, cuando la señora Forseth —a la que le había dado un ataque de nervios al serle comunicada la trágica noticia— estuviera en condiciones de declarar, había que preguntarle por aquel invitado con quien dejara hablando a su marido, y que por deducción lógica era el último que lo había visto con vida.

La nota hallada en el bolsillo del *smoking* de Harold Forseth, citándole en el despacho de su propia casa —algo parecido a los casos anteriores—, tampoco aclaraba nada nuevo.

Charles Manning, el teniente de la Brigada de Homicidios, le dijo a Drake:

—Ya hemos efectuado los interrogatorios. En cuanto el amanuense del precinto[3] los haya pasado a máquina se los remitiré. ¿Puede decirme dónde se aloja?

—Envíelos a la División del Federal Bureau of Investigation en Chicago, que pasará a recogerlos por allí.

—Bien. Como usted desee. ¿Algo más?

—No, nada, gracias. Buenas noches, teniente.

—Buenas noches, Drake.

Milton dudó entre retirarse a su hotel a descansar, entre investigar a Donna Simpson, o entre interrogar a Pamela Forseth. Hizo esto último porque el mayordomo de la residencia, cerca de las tres de la madrugada, le dijo que la señora se hallaba bastante más calmada de su ataque.

Subió a las habitaciones particulares de Pamela y la encontró en la cama con dos sirvientas que la acompañaban y cuidaban con atención.

—¿Quieren dejarnos solos, por favor? —pidió el federal.

Las dos fámulas se retiraron de inmediato.

Milton tomó asiento en un alto canapé que había cerca de los pies de la cama.

—Ya sé que todo lo que se le diga es hurgar en una llaga reciente y abierta, señora Forseth —habló Drake—. Pero usted que no ignora mi verdadera condición y que sabe lo que me proponía merced a la colaboración de su esposo, aunque por desgracia he llegado demasiado tarde, quisiera que me aclarara algo que me ha dicho antes, en la fiesta, cuando yo le he preguntado por Harold.

Ella, secándose un par de gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas, inquirió con voz trémula:

—¿A qué... se refiere?

—Me refiero al invitado con quien usted ha dicho haberlo dejado hablando. ¿Quién era esa persona?

—Pues... —Se mordió el labio inferior. Exclamando de súbito—: ¡Ah, sí, ya recuerdo! Y lo recuerdo precisamente porque se trataba de un desconocido. Un... creo que es un financiero egipcio. Tiene un nombre algo raro que... a ver... ¡Sí! Yushub Yeudi. Harold ha estado hablando de finanzas y de política con él durante un largo rato. Luego, lo he perdido de vista... —Estalló en un profuso y copioso llanto del que hizo esfuerzos por recuperarse. Con dificultad lo consiguió, agregando con un hilo de voz—: Lo único que sé es que Harold no ha invitado al señor Yeudi, puesto que yo los he presentado.

—¿Lo conocía usted, señora Forseth?

—No, no, tampoco. Me ha sido presentado por una amiga en el transcurso de la velada.

—Así..., ¿que no sabe nada más de ese egipcio llamado Yeudi?

—No. Nada más.

—Bien. Dejaré de molestarla porque usted necesita descansar. Excuso manifestarle lo mucho que lamento lo sucedido y lo mucho que comprendo su gran dolor. Lo siento, señora Forseth.

—Gracias, Drake.

El pelirrojo, con una leve inclinación de cabeza, salió de la estancia.

Pocos minutos después se encontraba en la habitación que tenía rentada en el Transit Hotel.

Lo primero que hizo fue descolgar el teléfono y ponerse en contacto con la TWA para reservar una plaza, dándose a conocer y diciendo que era una emergencia, en el vuelo... último vuelo de madrugada a Washington.

Le dijeron que el avión despegaba a las 5,30 horas de la mañana.

Tan siquiera hizo las maletas.

Salió del hotel, tomó un taxi y se plantó en el Chicago International Airport.

CAPÍTULO VI

John Edgar Hoover le recibió gravemente.

Con aspecto muy serio y severo.

Milton Drake, a quien ya no impresionaba tanto el despacho y la presencia del director del FBI, entró con más desenfado y tranquilidad que la primera vez.

No obstante, al hallarse frente a la mesa tras la que estaba sentado Edgar Hoover, sus primeras palabras fueron:

—Crea que lo he sentido profundamente, señor. Pero comprenda que en medio de una recepción se hace difícil vigilar a una persona sin que la pierdas durante unos minutos. Eso fue precisamente lo que ha ocurrido.

Milton se guardó para sí las sospechas que había llegado a concebir respecto a Donna Simpson, e incluso evitó nombrarla.

—No tengo nada que reprocharle, Drake —dijo Edgar Hoover—. Ya imagino que usted puso todo de su parte. Además, aunque resulta un tópico y una frase absurda, ya sabemos que nadie puede evitar lo que resulta inevitable.

—Yo hubiera dado años de mi vida por evitar la muerte de Harold Forseth.

—Le comprendo, Drake. Y ha hecho usted bien viniendo de inmediato a Washington..., porque he pensado relevarle de esa misión haciendo que se reintegre con los aspirantes de su promoción a la Academia Federal.

Milton, el despabilado y largo pelirrojo, se quedó erecto, como de piedra.

Tardó unos instantes en poder convertir en sonido por medio de los labios el aire que circulaba por su garganta.

Exclamó:

—¡Quéee...! ¡Usted no puede hacerme eso, señor!

—¿Cómo dice? —Enarcó sus hirsutas cejas John Edgar Hoover.

Añadiendo—: Sepa y entienda, jovencito que desde el año 1924 en que el procurador general me nombró director del entonces BI, no recibió la denominación de Federal hasta el año 1935, sepa, repito, que desde entonces, vengo dirigiendo esta organización de acuerdo con mi propio criterio y dentro de la mayor autonomía[4]. Por lo tanto, soy muy dueño de relevar a uno de mis agentes de una misión si lo creo conveniente. ¿Ha entendido, Drake?

Milton cuadró las mandíbulas.

—Lo he entendido perfectamente, señor. Y entiendo también que un agente federal nunca ha de suplicar nada... Sin embargo, señor, yo le suplico que me deje continuar al frente de esta misión. ¿No es cierto que usted mismo me nombró agente del FBI de una forma que calificó de anecdótica e inédita en los anales de la historia de la organización, precisamente porque necesitaba de un hombre inédito como yo? ¡Deje que siga siendo ese hombre inédito que aún puede triunfar! ¡Deme una oportunidad, señor! ¡Aún no he dicho la última palabra con respecto al asesino del pijama rojo! ¿Es que piensa usted que no soy capaz de resolver el caso satisfactoriamente? ¡Le garantizo que triunfaré, señor!

Era tal la vehemencia y fe que el agente especial Milton Drake había puesto en su oratoria, que Edgar Hoover se vio obligado a reflexionar sobre la decisión que en principio había tomado.

Tras una larga pausa, durante cuyo transcurso el corazón del agente galopó como un caballo desbocado, el director del FBI dijo:

—Bien..., me ha convencido usted de que merece esa oportunidad, Drake. Aunque, en realidad ya estaba convencido de su valía, cuando decidí nombrarle agente especial del FBI. No crea que es la muerte de Harold Forseth lo que me ha hecho pensar en su relevo, considerando aquélla como un fracaso. No es eso, no. Es simplemente que luego he pensado que el caso es mucho más difícil de lo que a simple vista parecía, y necesita quizá de un hombre más avezado y ducho que usted en ese tipo de trabajos. De todas formas, le voy a conceder ese plazo que me ha pedido... Dispone usted de una semana para descubrir y terminar con el asesino del pijama rojo. Si dentro de ese lapso de tiempo no ha conseguido el éxito o al menos resultados positivos que hagan prever aquél, será usted relevado de la misión. ¿Ha comprendido?

Con una amplia sonrisa en sus carnosos labios, cabeceó el

pelirrojo:

—Perfectamente, señor.

—Y bien, dígame, ¿cuál ha sido el motivo de su precipitado viaje a Washington?

—Me explicaré, señor. Por medio de las Oficinas Federales a que corresponda, necesitaría que se me facilitara una lista lo más extensa y detallada posible, de los invitados que asistieron a las recepciones en que fueron asesinados Gary Gable, Clark Cooper y Anthony Frapan. De la correspondiente a Forseth ya me encargaré yo mismo. Cuando estén esas listas que me las remitan a la Oficina Federal o División del FBI en Chicago.

—Correcto —asintió Edgar Hoover—, así se hará. ¿Algo más, Drake?

—Sí... Necesitaría saber con la mayor extensión y todo lujo de detalles, lo que hay de bueno o malo acerca de un súbdito egipcio residente en los Estados Unidos y que se llama Yushub Yeudi.

—Bien. Diré a nuestro departamento de archivos y ficheros, así como al de inmigración, que investiguen a ese individuo. El resultado, junto con las listas, le será remitido a la Oficina Federal de Chicago.

Drake se puso en pie tendiéndole la mano al director del FBI.

—Gracias, señor —dijo.

Y salió del despacho.

Aquella misma tarde emprendía vuelo de regreso a Chicago.

CAPÍTULO VII

Atardecía cuando Milton Drake se plantó en el 1673 de Irving Park Road, residencia que fuera del malogrado Harold Forseth.

Renunció a molestar a la señora Forseth, prefiriendo entenderse directamente con el propio mayordomo, que se llamaba Mortimer Debry.

El estirado servidor, afable y atento, inquirió:

—¿Qué es lo que desea, señor Drake?

—Saber con la mayor exactitud posible los invitados que asistieron a la trágica velada de ayer.

—Podré confeccionarle una lista casualmente ya que, un criado, se encargaba de ir anotando los nombres de quienes llegaban para ir anunciándolos. ¿Cuándo desea tenerla?

—Lo antes posible, Mortimer.

—Pase por ella mañana mismo, señor Drake.

Le dio las gracias, ausentándose de la residencia.

Acto seguido se encaminó a la Oficina Federal de Chicago, que se ubicaba en el 854 de Western Avenue.

Fue recibido en persona por el inspector jefe Roger Howard.

Howard era un hombre de unos cincuenta años de edad, mediana estatura, bastante calvo, con algunos cabellos grisáceos en los aladares, de rostro un tanto arrugado pero de expresión afable y grata, que recibió al agente especial Milton Drake afectuosamente.

—Siéntese, siéntese, Drake. Desde la central de Washington ya he sido informado acerca de la misión que usted está desarrollando aquí. Ahora, dígame lo que desea.

—Bueno, si está en lo posible, le agradecería que me habilitara alguna habitación de este edificio como despacho, ya que tengo algunos aspectos de la cuestión que estudiar por escrito y ello facilitaría notablemente mi labor.

—Sin objeciones, Drake. Cuente con ese despacho. Precisamente

dispongo de un cuarto para este tipo de eventualidades. Es el despacho número diecinueve del primer piso, ¿satisfecho?

—Se lo agradezco, inspector.

Hicieron algunos comentarios triviales acerca del asunto que estaba investigando Drake, y éste, pocos minutos después, abandonó el despacho del inspector jefe.

Tomó un taxi, dirigiéndose a la redacción del *Chicago Sun*.

Era un edificio algo antiguo, de cinco plantas, enclavado en el número 672 de la 119th Street. Casi en la confluencia de ésta con Michigan Avenue.

A aquellas horas de la noche, en la redacción del rotativo, se registraba una gran animación y actividad. Un buen número de individuos, con cuartillas mecanografiadas, iban y venían hacia el despacho del jefe de redacción, mientras otros tantos bajaban al sótano, que es donde estaba la imprenta.

Había un largo mostrador de madera en el vestíbulo y al otro lado, sobre unos pupitres inclinados, trabajaban algunos hombres.

Milton se dirigió hacia uno de ellos.

—Oiga..., por favor.

—Dígame. ¿Qué desea?

—¿Podría ver a la señorita Donna Simpson?

—A Donna... —El fulano vaciló unos instantes. Y al fin, dirigiéndose a uno de sus compañeros que estaba en el extremo final del mostrador, gritó—: ¡Eh, Ray! ¿Has visto a Donna?

El llamado Ray, que tenía la cabeza pelada como una bola de billar y lucía una visera de plástico de color verdoso, se volvió, diciendo:

—No. Pero es que esta noche no ha venido. Debe de estar enferma. ¿Para qué la querías?

—Nada. Para nada. Es que hay aquí un caballero que pregunta por ella. —Se encaró con Milton, diciendo—: Ya lo ha oído. Ray Simpson es su tío y dice que ella no ha venido.

—¿Podría al menos saber su dirección?

—Veamos... ¡Ray! ¿Puedes darme la dirección de tu sobrina?

—¡Uf! ¡Qué pesado te estás poniendo! Vive en el doscientos doce de la Ciento Tres Road Streed, segundo piso, primera puerta.

—¿Ha oído? —interrogó a Milton el individuo que servía de interlocutor entre éste y Ray Simpson.

—Sí. Y le agradezco la molestia. Buenas noches.

—Buenas noches, amigo.

Milton Drake tomó otro taxi al salir de la redacción del *Chicago Sun*.

—¿Adónde vamos? —le preguntó el chófer.

—Al doscientos doce de la Ciento Tres Road.

—O. K.

La carrera no duró demasiado tiempo.

Diez minutos después, dijo el taxista:

—Hemos llegado. Me debe un dólar.

Milton pagó, agregando la propina, para salir del vehículo al instante.

Le sorprendió ver el coche patrulla y la ambulancia que se hallaban detenidos, precisamente, frente al 212 de la 103 Road.

Se acercó al nutrido grupo de curiosos que un «cop» trataba infructuosamente de deshacer, preguntándole a uno:

—¿Qué sucede, amigo?

—No sé... He oído decir que se trata de una periodista que han asesinado.

Milton no esperó a saber más. Echó a correr hacia el 212. Subió hasta el segundo piso a través de unos desgastados peldaños de piedra.

En la puerta primera, se le interpuso un policía uniformado.

—Está prohibido pasar, señor.

Milton le mostró sus credenciales y entonces el otro se hizo a un lado. Entró en la casa y se llevó una sorpresa al tropezarse con el teniente Charles Manning —el que había acudido a la residencia de los Forseth—, quien le soltó de buenas a primeras:

—¡Caramba! ¡En usted estaba pensando precisamente!

—¿Por qué, teniente?

—Porque esa chica, Donna Simpson, ha sido asesinada de un certero golpe de kárate.

—¡Diablos! ¿Está seguro de ello?

—Eso ha afirmado el forense sin lugar a ninguna duda. Drake..., ¿está relacionado este asesinato con el de Forseth?

El pelirrojo federal dudó unos instantes.

—No podría asegurarlo —dijo al fin—. Pero mucho me temo que sí. Donna Simpson estaba ayer en la recepción de los Forseth, y

bailando precisamente conmigo durante el tiempo en que yo calculo, y por lo que dijo el forense, que se cometió el asesinato. — Drake, para evitar que Manning le preguntara demasiado, se adelantó él preguntando—: ¿Vivía Donna aquí sola?

—No. Con su hermana, una chica llamada Susan, que según me han informado trabaja de *vedette en un local de Cicero*.

—¿Sabe el nombre y la dirección de ese local?

—Espere... —Giró la cabeza el teniente para consultar a uno de sus subalternos. Seguidamente volvióse hacia Milton, diciendo—: Se llama The Devil (El Diablo) y sus señas son: 19 de la 56th Street...

—Y viendo que Drake hacía intento de marcharse, exclamó—: ¡Eh, un momento! ¿Entra este crimen dentro de la jurisdicción federal?

—Siento no poder quitarle trabajo, Manning, pero por el momento no. Es posible que la muerte de esa muchacha esté relacionada con la de Harold Forseth..., pero hay que establecerlo. Le garantizo que trataré de hacerlo.

Milton Drake no le había hablado con sinceridad al teniente Manning. Estaba completamente seguro de que Donna había sido asesinada para evitar que él la interrogase, y estaba también seguro, ahora, de que la noche anterior le había entretenido exprofeso para evitar que durante un tiempo determinado se preocupase de Forseth.

Era cuestión de hablar con la hermana de Donna, para saber qué clase de amistades tenía ésta, con quién se relacionaba..., quién le había encargado el trabajo de la noche anterior.

Volvió a coger otro taxi.

—Vamos a Cicero. The Devil, ¿lo conoce?

El taxista hizo un guiño de complicidad.

—¡Oh, sí, por supuesto!

Se puso el vehículo en marcha.

CAPÍTULO VIII

19 de la 56th Street.

The Devil.

Una porqueriza, un verdadero antro, The Devil. ¿Allí trabajaba Susan?

¿Por qué causa o razón iba a trabajar en un lugar más elegante una mujer que a juzgar por la fotografía del enorme cartelón que había colgado en la entrada del local, contaba más de treinta y cinco años? El retrato que de ella mostraban era bastante impúdico. Uno podía ir haciéndose una idea qué clase de mujer era la tal Susan.

Aunque, pese a los treinta y tantos años que se le adivinaban, se conservaba bastante bien. Eso era hasta cierto punto lógico en una actriz, aunque jamás hubiera sido una gran figura de la escena. Lo cierto es que tenía un cuerpo muy atractivo aún, no delgado, pero sí enjuto, sin grasa superflua, sin que tampoco apuntaran los huesos desmesuradamente. Un término medio bastante bien conseguido y aceptable. También, de buenas formas. Se adivinaba que en otros tiempos, en su juventud, si no actriz, había sido por lo menos muy guapa y atractiva. No obstante, de su rostro, un tanto tenso y rígido, se desprendía un rictus brusco, elemental característica de cierta clase de mujeres cuando las cosas no ruedan demasiado bien. La boca era de labios ligeramente delgados, pero aun así mostraban el rojo arco de Cupido; los cabellos de un color oscuro que la distinta gama de tintes en ellos empleados hacían difícil determinar originariamente.

Buen sombrero, sí. Y preciosos zapatos de tacón altísimo.

Milton se encogió de hombros.

Un verdadero antro al que le habían acertado de lleno el nombre porque era en realidad diabólico.

¡Un pestazo, un efluvio infecto se filtró por las fosas nasales del

federal con sólo pisar el lugar! ¡Un pestazo que echaba de espaldas!

El humo de cien distintas clases, a cual peor, de tabaco, se convertía al unir las tupidas espirales en una barrera de densa niebla, hasta el extremo de que dificultaba la visión de la pista y de quienes actuaban en ella. Reinaba, además, un murmullo que a intervalos se convertía en auténtica barahúnda. Y como la chica que cantaba, amén de no tener ni idea se empeñaba en hacerlo sin micrófono, quizá para resaltar su actuación, no se la oía absolutamente nada. Y de verla, regular. Muchas manos entorpecían ese hecho, amén del humo, estirándose para alcanzar no sé qué.

«No sé qué», a veces era un punterazo del tacón del zapato de la cantante.

Milton se quedó perplejo al ver que los había que hasta bailaban. Claro que, la mayoría, preferían la tranquilidad de una mesa para gastarse cinco o diez dólares en bebida... y en compañía por supuesto.

¡Qué peste, diantres!

Olía a todo.

A todo.

¡Hasta a demonios!

«¿A qué olían los demonios?», se preguntó Milton.

Desde sudor natural al de calcetines que se llevaban puestos tres meses, pasando por sobacos, hasta llegar a distintas categorías de penetrantes y mareantes perfumes del caño bien gordo.

Milton escuchó aplausos. ¿A quién? ¡Ah...! Era a la cantante. Había terminado su actuación y se largaba corriendo pasarela adelante; se trataba de una breve pasarela que conducía desde la pista a una puerta diminuta por la que, para pasar, había que agacharse.

Cuadros que ponían la piel lo que se dice de gallina. Mujeres sucias que hacían una marrana exhibición de pellejos flácidos. Golfos de la peor estofa. Notas verdaderamente repulsivas.

The Devil.

El pelirrojo federal decidió tomarse la cosa con tranquilidad: él estaba allí para interrogar a la hermana de una mujer —muerta—, de quien sospechaba lo había entretenido deliberadamente para que no pudiera vigilar a Harold Forseth Pero..., ¿llegaría a través de la tal Susan hasta el individuo que le había encargado el trabajito a

Donna? Eso era bastante difícil de saber, pero no iba a tardar en comprobarlo.

Repartiendo algún que otro codazo, se dirigió hacia la puertecilla de menos de dos yardas de altura, dispuesto a introducirse en las interioridades de The Devil.

Cuando estaba a punto de alcanzarla, unos brazos lánguidos, desnudos y blancos, se cerraron en torno a su cintura, y vio cerca de los suyos unos labios descarnados a pesar de la rojez artificial que acumulaban.

—¡Ven, precioso pelirrojo! —exclamó una aguardentosa voz de mujer.

—¿Quieres dejarme tranquilo, prenda?

—¡Eh...! ¿Qué pasa contigo, Apolo? ¿No te gusto?

—No —respondió con brusquedad el federal—. ¡Lárgate!

—¡Por favor! No te vayas...

—¡Suelta ya, estúpida!

Tuvo que largarle un manotazo proyectándola contra una de las mesas cercanas en donde un tipo sucio y una mulata discutían acerca del precio de no sé qué.

—¡Imbécil...! —estalló ella, pero sin atreverse a acercarse de nuevo a él.

Milton soltó un bufido de tranquilidad.

Apresuradamente, se metió por aquella portezuela, inclinándose. Por eso no vio el gesto obsceno que la mujer le hacía a su espalda.

Milton recompuso su aspecto, como si el apretujón de la fulana lo hubiera contaminado, sacudiéndose la chaqueta, alisándose los faldones y estirando y centrando el nudo de la corbata. Se encontraba en un pasillo por el que escuchó de inmediato un vivo taconeo y vio a la chica que circulaba en dirección inversa a la suya luciendo un bonito traje de baño. Bueno... es un decir. Ella lo miró guiñándole el ojo derecho picarescamente al tiempo que le sonreía invitadora. Para los veintidós o veintitrés años que aparentaba, la chica, hay que decirlo todo, estaba pero que muy despabilada. Milton pensó que las prefería así que tontas.

Quiso preguntarle dónde paraba Susan, pero ella ya se inclinaba ligeramente, alcanzando la pasarela. Milton pudo escuchar los acordes musicales, que desde el otro lado, la recibían.

Se encogió de hombros y siguió adelante hasta alcanzar un

tramo de escaleras. Conducían hacia arriba. Otro pasillo.

Un poco sórdido y ruin era todo aquello, a decir verdad.

Había varios camerinos y no se veía a nadie por allí en aquellos momentos, por lo que Milton decidió actuar según le indicara su propia iniciativa. Avanzó por el pasillo flanqueado de puertas y se detuvo enfrente de la que tenía más cerca. La abrió sin preocuparse de llamar y se coló en la estancia, comprobando con satisfacción que, después de todo no olía a diablos. El cuarto estaba ocupado y por una chica por añadidura. Y ella, a través del espejo del tocador, miraba a Milton con cierta irritación.

—¡Adelante! Está en su casa —dijo con evidente ironía la mujer.

—Lo lamento —gruñó el pelirrojo—. Ando buscando una chica.

—¡Ah...! ¿Sí?

—Se llama Susan Simpson.

—¡Vaya...! A Susan, ¿eh?

—Exacto.

—¿Qué desea de ella?

—Que me firme un autógrafo.

—Sin regodeos, bonito. Que yo ya estoy de vuelta.

—Digamos que para hacerle unas preguntas acerca de su hermana Donna.

—¿Y por qué no se las hace a Donna mismo? —preguntó ella con evidente lógica.

—Porque está muerta y no sé de ningún muerto que haya contestado preguntas.

—¡Sopla! ¡Muerta! Eso no debe de saberlo Susan.

—Creo que no. Ha sido hace poco rato. ¿Qué? ¿Me dices dónde para Susan?

—En el camerino siete. Pero ándate con cuidado con Ettore.

—¿Quién es ése?

—El amigo íntimo de Susan. Pero tiene cara de perro.

—¿Y muerde?

—A veces, muñeco. —Y agregó—: Si quieres volver por aquí, me llamo Diana.

—Cuando tenga tiempo, Diana.

—No volverás —aseguró—. Poca fortuna que yo tengo. ¡Ah, insisto...!, si vas a ver a Susan, cuidado con Ettore.

—Gracias, prenda. ¡Hasta otra!

Milton le volvió la espalda y abrió la puerta del camerino. Antes de salir definitivamente, la miró. Estuvo a punto de decir algo, pero salió, cerrando de un portazo.

Ya de nuevo en el pasillo se fue en busca del camerino siete.

Se detuvo frente a la puerta.

Iba a abrir sin llamar como había hecho en el camerino de Diana, cuando la puerta se abrió desde dentro y asomó un tipo.

Era un italoamericano, de cabello abundante, negro, chorreante de brillantina. Un tipo de éstos que cierta clase de mujeres consideran guapos. Vestía con chabacana elegancia.

Ettore Mani —pues de él se trataba— achicó los chispeantes ojillos negros al ver a Milton.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—¿Está Susan ahí dentro? —preguntó a su vez el federal.

—Desde luego. Enterita. ¿Y qué más?

—Hazte a un lado y déjame paso —habló Milton Drake en tono imperativo—. Voy a charlar con ella.

—¡Desde luego...! ¡No faltaba más!

Ettore se hizo a un lado.

Esperó a que Milton hubiese dado un paso hacia delante para proyectar el codo izquierdo, con furia y mala intención, contra el hígado del federal. Éste, pillado por sorpresa ante el traidor ataque, sólo tuvo tiempo de evitar que el codo le diera de lleno, y soltó un bufido, inclinándose.

Ettore, seguidamente, le asestó un puñetazo en pleno rostro, dejando a Milton con la espalda pegada al marco de la puerta.

Alguien gemía en el interior del camerino. Oíase:

—¡Ettore... Ettore..., por piedad! ¡Ven...! ¡Ettore, no vayas...!

Pero Ettore Mani estaba muy ocupado.

Enseñando sus amarillentos dientes se friccionó el puño derecho antes de lanzarlo contra el rostro de Milton.

Pero el pelirrojo no era presa fácil.

Escorzó ágilmente el golpe, clavándole las puntas de los dedos de la diestra en el plexo solar.

Una arcada acometió al otro, y entonces, cuando boqueaba, le soltó un trallazo de zurda al mentón empotrándolo materialmente en la pared opuesta.

Ettore, al rebotar, trató de lanzar un punterazo al bajo vientre de

Milton, pero éste, advirtiéndole la traidora maniobra del italoamericano, le atrapó el pie tirando de él hacia delante hasta hacerlo caer de espaldas a tierra.

Aún medio atontado, Ettore manoteó tratando de alcanzar al otro.

Milton esquivó fácilmente las brazadas del individuo y, tranquilo, mientras el otro trataba de recuperar su posición, le asestó un tremendo gancho en plena barbilla, que casi alzó al *gigolò*, quien retrocedió hasta impactar de espaldas en la puerta del camerino número siete, abriéndola y entrando hacia dentro.

El del FBI penetró en el camerino y cerró la puerta, situándose de manera que Ettore quedaba acorralado en un rincón de la pequeña estancia.

De soslayo, Milton había echado un vistazo, sin ver a Susan; ésta debía de estar al otro lado del pequeño biombo, sin cesar en sus exasperantes gemidos.

En lo que respecta a Ettore, Milton le dio tiempo a que tomara una aceptable vertical para sacudirle otra vez en mitad de las fauces.

Le sacudió un nuevo trallazo en la boca del estómago y otro gancho al mentón cuando se inclinaba.

Ettore sacudió las manos en el aire tratando inútilmente de responder a los certeros golpes que le aplicara Milton. Éste esbozó una sonrisa al ver los baldíos esfuerzos del otro.

Ettore giró sobre sí mismo y se desplomó en tierra, *groggy*, igual que una marioneta de trapo al romperse los hilos que la sostienen.

Milton se frotó ambas manos, las pasó por sus revueltos cabellos pelirrojos, y paseó hacia el otro lado del biombo.

Correcto. Allí estaba Susan Simpson, en «traje de actuar». Echada de cualquier modo; hecha un asco, una basura, un pedazo de podredumbre humana. Tenía los ojos enrojecidos por dentro, muy abiertos, y con grandes círculos violáceos por fuera.

Echada de cualquier modo, sí, sobre una banqueta de madera tapizada. Una verdadera asquerosidad. Y miraba a Milton con una extraña y ansiosa expresión. El federal estuvo en un tris de cerrar los ojos y largarse. Pero estaba allí por algo... y Edgar Hoover sólo le había concedido un plazo de siete días para acabar su misión.

Miró a Susan.

—¿Qué ha hecho con Ettore...? —gimió, más que preguntó, ella.

—Darle unos cuantos golpes sin importancia.

—Por favor, se lo suplico, ayúdeme... Lo necesito, ¿entiende? No sé quién es usted ni a qué ha venido... Se lo pido por Dios...

Milton sintió pena y compasión de ella. Susan tenía el rostro desencajado. Obvio que había sido bastante bonita en su juventud, y aún podría seguir siéndolo ahora de no ser por los estragos que la droga estaba causando en ella; quizá era bonita cuando su rostro estaba sereno y sin aquella febril ansiedad. Sudaba copiosamente, tenía la mirada turbia.

¿Treinta y cinco años? Aparentaba mucho más. Exactamente sesenta. Por lo transformado e infrahumano de su rostro.

Ella fue calmándose poco a poco.

—¿Quién es usted?

—Dejemos que sea yo quien haga las preguntas. Su hermana Donna ha muerto.

—¿Muerta? —interrogó sin demasiada emoción—. ¿De qué?

—Asesinada. Un golpe de karate.

—Quien mal anda...

—¡Adiós, prodigio de honradez y honestidad! —exclamó el pelirrojo con un sarcasmo entre burlón y despectivo. Preguntando —: ¿Qué clase de amistades frecuentaba Donna?

—Depende... Como reporter, gente de todos los estamentos sociales. Particularmente, un menda de mala ralea que le tenía sorbido el seso y que la había obligado a efectuar algún trabajo sucio.

—¿Quién es el tipo?

—¿Y a usted qué le importa? ¿Por qué hace tantas preguntas?

—Porque soy policía y mi oficio es preguntar.

—¡Puaf! —Escupió—. ¡«Bofia»!

—¿El fulano ese de mala ralea, cómo se llama?

—Creo... creo que Robert Barton.

—¿Dónde puedo hallarlo?

—Ignoro su domicilio, pero sé, por habérselo oído a Donna que frecuenta cierto tugurio llamado... llamado... ¡Ah, sí, Canary-bird!

—¿Sabe algo más de él?

—No...

Ettore, entretanto, se había recuperado.

Y trató, aprovechando que Milton no estaba pendiente de él, atacar por la espalda al federal.

Fue la expresión nacida en los febriles ojos de Susan lo que le advirtió.

Flexionando rápidamente alrededor de la cintura, giró al mismo tiempo que se agachaba. Y al dar la vuelta, aprovechando el propio impulso, le estrelló la diestra en el centro del abdomen.

Ettore boqueó.

Y se puso «a punto» para recibir un trallazo demoledor en el mentón, que lo envió por los suelos arrastrando biombo y todo.

Quedó definitivamente exánime.

—Lo siento, chica —se excusó Milton, mirando a la mujer. E insistió—: ¿Estás segura que no sabes nada más del tal Robert Barton?

—Te digo que no —respondió ella, tuteándole también.

—Bien, gracias.

—¡Adiós, «poli»!

Salió Milton del camerino regresando a la apestosa sala central —lo de sala central era un verdadero eufemismo—, para tras propinar un par o tres de codazos, hacerse un sitio en la barra.

El que atendía él mostrador era un fulano con melenas hasta media espalda, rostro muy cuidado en el que habían evidencias de cosméticos, y clara pinta de invertido.

—¿Qué tomas?

—Sírreme un *whisky* que se pueda beber —pidió Milton—, y tráeme el listín telefónico.

Le sirvió el licor y el anuario. Milton Drake buscó en éste último la dirección de Canary-bird.

216 de la 50th Avenue.

Según los conocimientos geográficos que el federal tenía de Chicago, aquello no paraba muy lejos de allí.

Pagó, encaminándose hacia la puerta de aquel asqueroso antro llamado The Devil.

Salió.

Vio a la muchacha que asomaba el rostro por la ventanilla del auto estacionado en la 56th Street y que agitaba tímidamente la mano derecha.

CAPÍTULO IX

Siguió mirando a la muchacha que agitaba con timidez el brazo diestro.

Y Milton terminó por llevarse el índice al pecho.

Ella inclinó la cabeza asintiendo. Sí, lo llamaba a él.

Caminó hacia el auto mientras se decía que la niña tenía una cara muy bonita.

—¿Es usted el hombre que ha estado en el *Chicago Sun* preguntando por Donna?, ¿verdad?

—Como si lo fuera. ¿Y usted, quién es?

—Me llamo Alice Terrel y también estuve anoche en la recepción de los Forseth. Le vi a usted y me ha sorprendido verlo de nuevo por el periódico. ¿Quiere subir?

El coche era un «Nash» modelo del 1964, color *beige*.

Milton, sin saber concretamente por qué, abrió la portezuela y se acomodó junto a Alice.

Tenía todo el aspecto de una colegiala precoz.

Pero era endiabladamente bonita.

Ovalo de nácar con una piel fina y muy tersa, con grandes ojos verdes de extraordinaria movilidad, nariz respingona, boca de labios carnosos, frutales, que llevaba ligeramente coloreados. Barbilla picara, pero firme y decidida.

Vestía un jersey de color magenta y una falda plisada a cuadros blancos y negros, que desde antes de la rodilla descubría un par de rosadas y preciosas piernas perfectamente formadas.

—¿Y qué quiere de mí la señorita Alice? —inquirió el federal.

—¿Usted es policía, verdad? —preguntó ella por respuesta, con expresión de niña graciosa.

—¿Y si lo fuera?

—Yo le diría una cosa.

—¿Qué cosa?

—¿Es policía o no? —insistió Alice.

Cabeceó él.

—O. K. Lo soy. ¿Qué cosa?

—Verá... —Se mantuvo unos instantes dubitativa—, yo era amiga de Donna. Esta noche he estado en su casa pero ya... ya estaba muerta. He salido de prisa, no sin antes recoger esta agenda... —Abrió el bolso que llenaba en la izquierda, extrayendo una agenda de cubiertas rojas que le entregó a Milton—, de la que parece ser han arrancado una hoja.

Eso parecía, en efecto.

Pero la hoja estaba mal rota. En diagonal.

En aquella página sólo había sido anotado un nombre. Y se veían las cuatro primeras letras del nombre: «Robe...»

No le hizo falta a Milton pensar demasiado para comprender que se trataba del Robert Barton de que le había hablado Susan.

Milton, dándole vueltas a la agenda entre los dedos de la mano, preguntó de súbito:

—¿Y por qué me entrega esto precisamente a mí?

Ella enrojeció, con lo cual, se puso aún más bonita.

—Bueno... —balbució—, yo... esto..., usted ayer me cayó simpático. Sospeché, no sé por qué, que era policía. Hoy, al verlo de nuevo por la dirección del *Chicago Sun* preguntando por Donna..., como yo ya sabía que estaba muerta, le he seguido. Quería sincerarme con alguien. ¿Le molesta que le haya escogido a usted?

—En absoluto, preciosa. Y puedes llamarme Milton a secas y de tú. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Milton. ¿Qué investigas?

—«Top Secret», linda. Algo relacionado con Donna, desde luego. Confórmate con esa explicación.

—Me conformaré... para que veas que no soy ambiciosa. Quiero pedirte un favor a cambio de la agenda.

—¿Cuál?

—Que me dejes ir contigo.

—¿Por...?

—Adivino que al final obtendré el reportaje de mi vida..., si tú quieres, claro.

—No debiera... —sonrió él—, pero te dejo. ¿Te importa que me ponga al volante?

—¡No...! Puedes disponer de mi coche como si fuera tuyo, Milton.

—O. K. Gracias.

Cambiaron de asientos y él puso el vehículo en marcha. Condujo, abriéndose un paréntesis de silencio entre ambos, hasta el 216 de la 50th Avenue.

Canary-bird.

—¿Te importa esperar unos minutos, Alice?

—¿No me dejas entrar contigo?

—Rotundamente: no.

—Entonces... —Se encogió ella de hombros graciosamente—, ¿qué remedio me toca sino esperar?

Milton, dejándose llevar no supo por qué clase de arrebato, besó fugazmente, casi sólo fue un roce, los labios de la muchacha, y saltó a tierra de inmediato.

216 de la 50th Avenue.

Canary-bird.

¡Y un cuerno también! La porquería padre, en letras bien grandes, es lo que hubiera tenido que poner el enorme y sucio cartelón.

Peor, si cabe, que The Devil.

Sórdido.

Mezquino.

Ruin.

Angosto.

¡Menudo panorama! Un colector de basura con dos patas convertido en... ¿Qué decían que era aquello? ¡Ah sí...! Un club. ¡Y una...!

Milton sintióse asqueado de tener que desenvolverse en aquellos ambientes, pero el sino de un federal era precisamente saber desenvolverse en todos.

Entró.

Entre las luces rojas, verdes, violáceas y anaranjadas, el humo del tabaco y el calor sofocante que reinaba allí dentro, uno estaba como una verdadera «cuba» con sólo dar un paso y sin probar un tercio de *whisky*.

Un auténtico tugurio.

En un tablero o tablado, llámesele como se quiera hasta el que

sólo llegaban las vistas privilegiadas, cuatro nenas bonitas y jóvenes, hacían una completa demostración de cómo pillar una bronconeumonía, a cincuenta grados del termómetro centígrado. Alrededor, los calvos sesentones de ritual, los otoñales que buscaban reverdecen lejanas primaveras..., alargando sus manos morcilludas o sarmentosas en busca del pellizco, la palmada..., arriesgando el mucho rostro que tenían y sobre el que podía caer un «tortazo» en el momento menos esperado. Y en un rincón del tablado cuatro caras de betún con guitarra eléctrica, batería, saxo tenor y trompeta. Tocaban lo que les daba la gana, ellas cantaban lo que querían, voces por un lado y música por otro... ¡Toma, y algunas parejas hasta bailaban y todo!

Bailar, es decir eufemísticamente lo que hacían.

Peste.

Olor a doscientos mil demonios.

Milton, con una sonrisa, se preguntó por segunda vez a qué olían los demonios.

Sudor, calcetines sucios, sobacos, perfumes baratos, fritadas de pescado... PESTE, así, con mayúsculas.

Codeando entre mujeres, consiguió alcanzar la barra.

—¿Qué quieres? —le preguntó un tipo barbudo con pinta de pseudobohehio.

—¿Dónde para Robert Barton?

—Está jugando. ¿Para qué lo quieres?

—¿Dónde cae el cuarto de juego?

Extendió el dedo índice por encima de las cabezas y dijo:

—Entra por aquella puerta.

—O. K., gracias.

Milton volvió a codear. Rumbo a la puerta de marras.

Conducía a los cuartos privados. Unos, para dos. Otros, para «fumar». Y la mayoría para jugar.

Cruzó el umbral sacudiendo instintivamente las motas de polvo y basura que se habían pegado a su chaqueta con sólo cruzar aquel maremágnum pestilente y asqueroso.

Por una escalerilla adyacente descendía una muchachita muy mona, camino del tablado. Le saludó con una mano.

—Adiós, guapo.

—Adiós, prenda.

Un tipo le salió al paso unas cinco yardas más adelante.

—¿Dónde vas?

Se creía que todavía se estaba viviendo en los años treinta. Camisa de colorines y el correaje sosteniendo la funda sobaquera de una automática cuya culata quedaba ostentosamente en evidencia.

—Quiero ver a Robert Barton.

—¿Juegas? —Enarcó las pobladas cejas metiendo el pulgar de la diestra entre correa y camisa.

—Sí... —sonrió burlonamente el pelirrojo—, soy muy juguetón. ¿No se me nota?

—Pocas ironías, «macho». Tengo malas respuestas para los que tratan de dárselas de graciosos.

Milton se encogió de hombros cansinamente.

—No seas pesado, matón. ¿Dónde está Robert?

—Espacio, espacio... —Y se le fue acercando con maneras de *rackqueter* a lo *gang* de los felices años treinta—. Estoy encargado de velar por el orden de la casa, ¿entiendes? ¿Quién eres tú y para qué quieres ver a Robert?

—Para darle un beso en la boca. Soy de la Maffía... ¿no te das cuenta? Tengo que darle un encargo a Robert. Y luego el beso[5]. Son los ritos del «contrato». ¿No lo sabías? Veo... veo que eres un hampón de poca monta, de carril estrecho en una palabra.

—Me estás tomando el pelo, ¿eh?

Y sin más, hizo ademán de ir a por la «ferretería».

¡Vaya nohecita la de Milton!

Enzarzándose a cada paso con tipos que se empeñaban en poner dificultades y por ende no tenían nada que ver en lo que estaba investigando.

El de la camisa a colorines no llegó tan siquiera a rozar la culata de su pistola.

Porque Milton, bastante reventado con tanta tontería, le largó un inesperado punterazo al bajo vientre.

Se retorció lo mismo que un reptil herido de muerte.

Escupió improperios y maldiciones.

Cuando Milton iba a pasar por encima de su contorsionada anatomía, hizo un esfuerzo por incorporarse y tuvo que clavarle de nuevo la puntera del zapato.

Milton, entonces, siguió tranquilamente pasillo adelante y ante

la doble bifurcación del pasillo echó hacia la derecha, deteniéndose frente a una puerta que lucía en el centro una «P» así de grande.

Su instinto le dijo que la «P» era una abreviación de póquer, y le dijo también que Robert Barton estaba allí dentro.

Empujando..., que siempre ha sido gerundio.

Un menda que tenía por cara la misma que un gorila cualquiera, con cabeza pelada al cuádruple cero —alguna niña le había gastado la broma de decirle muy seriamente que se parecía a Yul Briner y él, pedazo de atún, se lo había creído— y expresión de pocos amigos, tendía la palma de su descomunal y velluda diestra esperando los veinte dólares de marras.

Los que había pedido al ver entrar a Milton y los que volvió a pedir, así:

—He dicho que son veinte dólares.

—Olvídame, simio, hoy no es mi santo.

Atrapó al pelirrojo por el hombro.

Y así, como aquel que no hace nada, Milton le clavó el codo izquierdo en el hígado, para luego empotrárselo en la cara cuando se inclinaba ligeramente. Se fue un par de yardas atrás y cuando parecía que iba a ir, no fue. Se quedó mirando al pelirrojo, diciendo: «¡Ya me las pagarás, ca...!».

El ser soltero eximía a Milton de darse por aludido ante el pensamiento del otro.

Siguió adelante.

Era una sala de proporciones rectangulares con mucho humo de tabaco, mucha marranería al igual que en el exterior y una docena de mesas redondas que nada tenían que ver con las del Rey Arturo, donde rostros de todas «marcas», en los que predominaba una expresión de incertidumbre y avidez, seguían atentamente el sonido de los naipes que una y otra vez iban resbalando por encima de los tapetes verdes. Sobre cada una de aquéllas, interrumpiendo el largo cordón eléctrico que colgaba desde el techo, una pantalla cónica, y debajo, la bombilla.

Nadie le prestó atención a Milton, cosa que resultaba bastante lógica. Un par de veces miró hacia atrás para asegurarse de que el simio, ya repuesto, seguía junto a la puerta, esperando tener más éxito con los próximos clientes.

Dio una vuelta completa por la sala.

Le preguntó a uno de los muchos mirones:

—¿Conoce a Robert Barton?

—Sí... —extendió el índice sobre uno de los individuos que estaban jugando en una mesa—, es aquel de allí.

—Gracias.

Estaba sentado en la última mesa de la izquierda, en mangas de camisa, acaparando la suerte que parecía rehuir a sus cuatro compañeros de partida.

—Robert —pronunció en voz baja.

Ladeó la cabeza en busca de los labios que habían desgranado las letras de su nombre.

Robert Barton era guapo. Sí, guapo. Eso de que los hombres no podemos entender de hombres porque los otros hombres piensan mal, no pasa de ser una estupidez muy propia de mentes ochocentistas. Afortunadamente, Milton vivía en un país donde los prejuicios no se consideraban demasiado. Al menos él, no los consideraba. Robert Barton, se insiste, era guapo. Y no podía extrañar que la malograda Donna hubiese hecho auténticas locuras por él. Rubio, con el cabello ondulado, y ojiazul, con pupilas de un azul translúcido, celeste, que le daban al rostro una expresión traviesa, infantil. Tenía la boca carnosa, firme, de labios gordezuelos, que parecían pintados. El mentón suave, pero enérgico, y la nariz recta y breve. Un gracioso hoyuelo dividía su barbilla.

No era corpulento en exceso pero su musculatura denotaba buenas sesiones de gimnasia, judo, karate...

¿Kárate?

Eso le hizo pensar a Milton, por un instante, que podía tratarse del asesino que andaba buscando.

—Robert...

Tiró las cartas boca abajo.

—¿Qué te duele, muchacho?

—Quiero charlar contigo.

Robert Barton miró durante unos segundos al pelirrojo que se inclinaba hacia él desde el respaldo de su propia silla.

—¿De qué...? ¿No ves que estoy jugando?

—Donna... Donna Simpson. La han asesinado.

—¿Y a mí qué cuernos me importa? Hace tiempo que le di el

«pasaporte» a ésa.

—Alguien ha tratado de arrancar de su agenda personal la página en que estaba anotado tu nombre. ¿Por qué, Robert?

—Esperad un momento, muchachos —dijo Barton a sus compañeros de partida. Y luego se puso en pie para encararse con Drake, preguntando—: ¿Me estás acusando de algo, muchacho?

—Sí. Precisamente... del asesinato de Donna Simpson.

—¡Si serás imbécil! —estalló Robert, sonriendo.

Luego, de repente, dejó de sonreír.

Y algo extraño le pasó a Milton Drake: supo que le habían agarrado la muñeca derecha, se encontró por un segundo en una región desconocida donde el cielo y la tierra cambiaban de lugar, y finalmente, el tremendo batacazo de su cuerpo contra el suelo. Un *kakoto-ate* en la boca, le hizo escupir de inmediato un hilillo de sangre.

Se incorporó, pero un hábil *hiza-gashira-ate* en pleno pecho, lo tiró de nuevo de espaldas.

No se había equivocado al suponer a Robert Barton un hábil judoca.

Se alzaba por segunda vez cuando fue recibido por su enemigo con un *hiji-ate* en pleno estómago, que lo dejó unos segundos doblado. Recibió como colofón un *tegatana-ate*[6] perfectamente aplicado sobre la nuca que lo tiró de nuevo por los suelos medio inconsciente.

Milton supo con toda certeza que si no iniciaba una ofensiva rápida, objetiva y contundente, terminaría siendo un verdadero monigote en manos de aquel experto practicante del judo.

Con los ojos nublados y las fuerzas que se empeñaban en escapar de su cuerpo, la acción de Drake, por difícil, fue mucho más meritoria.

Atrapó una de las piernas de Robert aplicándole una sencilla presa de *catch*, en lo que él era experto, y lo hizo voltear estrellándose de bruces en tierra.

Se hizo un corro de curiosos alrededor de ellos.

Milton se puso en pie, aunque dificultosamente, casi de un brinco. Y cuando el rubio Robert intentaba hacer lo propio, de nuevo, en golpe característico de *catch*, le empotró la rodilla derecha en el mentón proyectándolo hacia atrás.

Lo detuvo una mesa.

Y allí, sobre él, saltó Milton, para propinarle un trallazo de izquierda en el estómago que peligrosamente descubría. Le acometió una arcada, encogiéndose, para entonces recibir un tremendo gancho de diestra que lo alzó un palmo de tierra y, al caer, fue recibido con un soberbio zurdazo al hígado que casi terminó con la resistencia del judoka.

No obstante, por si acaso, Milton le colocó de nuevo la rodilla en la cara con fuerza demoledora. Salió disparado como un obús, impactando en la pared y resbalando por ella hasta «arrugarse» como un acordeón.

Milton, volviéndose hacia el núcleo de espectadores que se había arremolinado en torno a ellos, les gritó:

—¡Ustedes a sus partidas! ¡Hale!

No se lo hicieron repetir.

Y tampoco el gorila que estaba en la puerta quiso entrometerse en los asuntos de aquel pelirrojo que gastaba muy malas bromas.

El hombre del FBI se fue hacia Robert Barton para alzarlo por el cuello de la camisa con la diestra y sacudirle cuatro bofetadas con la zurda.

Así lo despabiló. A bofetada limpia.

—Te conviene hablar... y hablar claro, Robert. ¿Cuál fue el último trabajo, más o menos sucio que le encargaste a Donna?

—Yo no...

Otro juego de bofetadas.

—Quiero la verdad, Robert.

—¡Déjeme..., déjeme que le explique! No fui yo quien le hizo el encargo. Me limité a decirle que llamara a Nueva York, a Mark Scotten, y él fue quien le dio el encargo. Antes me había llamado él a mí, diciéndome que la chica se pusiese en contacto con él. Donna no oponía resistencia nunca a lo que yo le pedía o le pedían terceros por mediación mía. Yo... hace tiempo que trabajé para Scotten, en Nueva York.

—¿Quién es Mark Scotten?

—El *boss* de un *gang* que sólo hace trabajos para gente distinguida. Es un hampón de guante blanco.

—¿Su dirección en Nueva York?

—La particular no la sé. Pero tiene un *night-club* llamado

Emerald, en el 1632 de Riverside Drive.

—Bien..., Robert. Por tu bien, procura haberme dicho la verdad. De lo contrario volveré, y lo pasarás mal.

Lo dejó que se arrugara de nuevo en tierra y salió de la sala, mirándose de reojo al gorila que estaba en la puerta.

Afuera, paciente, Alice Terrell lo aguardaba a bordo del «Nash».

—Han sido bastantes minutos, ¿eh? —se quejó a verlo llegar.

—Todavía no nos conocemos..., ¿y ya me estás controlando el tiempo?

—No olvides que te he hecho un favor.

—No lo creas, muñequita de ojos verdes. Con la agenda tuya..., o la que cogiste de casa de Donna, me he limitado a constatar una pista que ya tenía.

Hizo ella un mohín gracioso y picaresco.

—¿Me prometes la exclusiva para cuando el asunto se termine?

Milton, en lugar de responder, la tomó suavemente por la barbilla y la besó.

Después, dijo él:

—Prometido. Y ahora regresa a tu casa, antes de que tu padre se enfade y te dé una zurra.

—¡No me trates como a una chiquilla! Dime, Milton..., ¿nos veremos mañana?

—Búscame en el despacho número 19, del primer piso, de la Oficina Federal. ¿Entendidos?

—O.K. ¿Dónde te dejo?

—En el 673 de Laramie Avenue.

Y hasta allí lo llevó ella.

Hasta la puerta del Transit Hotel, en el que se alojaba Drake.

CAPÍTULO X

En la mañana siguiente Milton se pasó por la residencia de los Forseth para recoger la lista de invitados que le había encargado que confeccionara a Mortimer Debry, el mayordomo.

Luego se trasladó a la Oficina Federal o División del FBI en Chicago.

Recto al despacho número 19 del primer piso.

Encima de una amplia mesa metálica, metidas en un portafolios de plástico transparente, se encontró con las otras listas, con las que había solicitado a través del propio director del FBI, Edgar Hoover.

Correspondían a los invitados que habían asistido a las veladas en que fueran asesinados Gary Gable, Clark Cooper y Anthony Frapan.

Además, se encontró un informe sobre Yushub Yeudi.

Fue lo primero que leyó, luego de sentarse tras la mesa.

Decía así:

«YUSHUB YEUDI: Agregado cultural de la Embajada de Egipto en Estados Unidos. Aunque aquélla está asentada en Washington, Yeudi suele tener residencia en Nueva York (Lexington Avenue, 1032), aunque viaja frecuentemente por todo el país, dado que es un hombre íntimamente vinculado a la política económica de su patria, y trata de hacer algo en pro de ella, ya sea obteniendo enseñanzas nuevas o tratando de obtener cualquier posible beneficio en favor de Egipto. Todo ello no significa que descuide los problemas culturales de la Embajada, si bien suele descansarlos bastante en su secretaria y esposa, la israelí Raquel Krasnik. (ES TODO CUANTO SE CONOCE CON RELACIÓN A YUSHUB YEUDI)».

Acto seguido, Milton cotejó las cuatro listas de invitados.

Que en las correspondientes a Anthony Frapan y Harold Forseth hubiera muchos nombres iguales era lógico; ambos residían en Chicago y se codeaban con una misma sociedad. Lo que ya no era tan lógico es el hecho de que entre dos hombres residentes en Chicago uno en Nueva York y otro en Miami, se encontraran nombres..., mejor dicho, un solo nombre común a las tres recepciones. ¡*El de Yushub Yeudi, precisamente!*

Y él había sido la última persona que hablara con Forseth durante la velada...

Además, residía en Nueva York. Y el tipo que había encargado a Donna, por mediación de Robert, distraer la atención de él, también era un residente en Nueva York.

¿No eran esas demasiadas coincidencias juntas?

El pelirrojo federal Milton Drake decidió, sin más dilación, hacer un viaje a la ciudad de los rascacielos.

Iba a ponerse en pie cuando alguien entró en su despacho.

Se trataba de la reporter del *Chicago Sun*, Alice Terrell. La chica que había conocido la noche anterior y que le había entregado la agenda hallada en el apartamento de Donna.

—¡Hola! —exclamó toda jovial.

Había sustituido su indumentaria del día anterior por una sola pieza de color *whisky*, minifalda, que sentaba maravillosamente a su cuerpo flexible, joven y grácil.

—Buenos días, princesa.

Dio ella una vuelta sobre sí misma, preguntando picaresca:

—¿Te parezco tan niña como ayer?

—¡Oh..., no! Eres toda una mujercita.

—Sin burlas, ¿eh?

Salió él de la mesa y, acercándosele, dijo:

—Para que veas que no me burlo...

La besó.

—¡Tonto! Bueno..., ¿cómo van tus pesquisas acerca de la muerte de Donna, federal?

—En punto muerto.

—¡Oye...! ¿Sabes una cosa?

—Si no me la dices...

—Que me extraña que un asesinato normal y corriente tenga

que investigarlo el FBI.

—¿Sabes otra cosa? —le preguntó él burlonamente.

—No...

—Que deduces demasiado, monada.

—¿No quieres decirme la verdad?

—Verás... —Milton la miró largamente—, no sé por qué, pero tengo confianza en ti. ¿Me prometes no escribir una letra hasta el final?

Ella alzó la diestra solemnemente.

—¡Prometido!

—Bien...

Milton le habló desde el principio del caso del asesino del pijama rojo y de todo lo que había conseguido con sus investigaciones.

Cuando él terminó, quiso saber ella:

—¿Qué harás ahora?

—Pedirle a la TWA o a la Pan American un billete para Nueva York.

—Dos.

—¿Qué...?

—Voy contigo, Milton.

—¿Y qué van a decir tus papis?

—Soy mayor de edad y me dejan viajar sola... o, como en este caso, bien acompañada. Otras veces he tenido que salir de la ciudad por cuestiones del periódico.

—¡Ah, eso...! —exclamó él, buscando una excusa para impedir el llevarla—. ¿Qué vas a decir en el *Chicago Sun*?

Sonrió picaresca.

—Que mi abuelita, que reside en Nueva York, se ha puesto gravemente enferma. No le des más vueltas al asunto, *fed*, que yo voy contigo a Nueva York.

—O.K. Empieza entonces por hacer algo positivo reservando dos pasajes en el primer vuelo de la TWA.

—Correcto, jefe —dijo la linda muchachita con una amplia y jovial sonrisa en los labios.

CAPÍTULO XI

Peter Minuet compró, en 1626, a los indios la isla de Manhattan por veinticuatro cochinos dólares. Y la edificación actual de Manhattan, corazón de Nueva York, tiene un valor superior a los doce millones de dólares.

No, no voy a liarme a hablar de Nueva York, porque ya sé que el amable lector está cansado de verlo en las películas, sabe también que lo llaman la ciudad de los rascacielos... e incluso algunos lo conocen tan bien como si hubieran estado. Yo también creía eso hasta que tuve la oportunidad de pisar por primera vez suelo neoyorquino; entonces me di cuenta de que Nueva York no era lo mismo que me habían enseñado en las películas.

Tenía barrios bajos, gente humilde, desocupados sin trabajo..., todo exactamente igual que en otra ciudad cualquiera del globo.

Nueva York, lo digo con conocimiento de causa, no es nada excepcional.

En Nueva York, como suele decirse vulgarmente, no atan los perros con longanizas. Y no es el sitio más apropiado para hacer fortuna. Muchos acuden allá pensando en eso, en la fortuna, y luego resulta que pasan más hambre que el perro de un ciego.

Total, que Nueva York, con sus muchos millones de habitantes, con su Brooklyn, Queens, Bronx y Richmond (los cuatro distritos que, además de Manhattan, integran la ciudad), es una capital con las mismas peculiaridades que otras cien que hay en el mapa.

Eso también lo sabía Milton Drake, quien había estado en un par de ocasiones en la ciudad de los rascacielos, e incluso se había trasladado allí para solicitar su ingreso en el FBI a través de la Oficina Federal de aquella ciudad.

En cuanto puso los pies en La Guardia Airport, situado al nordeste del Queens, frente a Flushing Bay, en aguas del East River..., decíamos que en cuanto llegó a la ciudad, Milton se metió

en un taxi con la periodista que parecía empeñada en no dejarlo ni a sol ni a sombra, y dio la dirección del Metropolitan Hotel.

Se trataba de un lugar de primera clase, ubicado en la Fifth Avenue (Quinta Avenida), enfrente mismo del Central Park; es éste el parque más importante de Nueva York, enclavado en el centro de Manhattan y con una forma geoméricamente rectangular, pegado por uno de sus lados a la Quinta Avenida, cuajada ésta de las galas y atavíos de la vida elegante que albergan sus edificaciones, con residencias magníficas y señoriales, con el comercio más lujoso que pueda encontrarse en toda la ciudad. Por aquel sector viven los afortunados mortales que no carecen de nada y que, para gala y recreo de sus sentidos, pueden encima gozar de la vista y color de ese parque, que a veces se convierte en jardín o bosque.

Pero Milton no había elegido el Metropolitan Hotel para gozar precisamente de la contemplación del tupido verdor del Central Park, sino porque lo consideraba un lugar adecuado para su acompañante.

A él le fue asignada la habitación 114 y la 116 a Alice.

Ella, tras cambiar su indumentaria, pasó al cuarto del hombre, no sin llamar antes.

—¡Vaya! ¿Ya estás aquí?

—¿Te molesto?

—No he dicho eso.

—¿Qué piensas hacer?

—Visitar al agregado cultural de la Embajada egipcia.

—Pero la Embajada está en Washington, ¿no?

—Correcto. Pero Yushub Yeudi, su agregado cultural, suele residir en Nueva York.

—¿Puedo acompañarte?

—Ahora no. Te quedarás aquí esperándome. Por la noche tendrás ocasión de acompañarme a cierto *night club* elegante llamado Emerald. ¿De acuerdo?

—¡Hum...! —rezongó, tirándose de bruces encima de la cama y agitando sus bonitas piernas en el aire—. No mucho. Pero..., ¿qué voy a hacer?

—Ser una chica obediente —dijo el pelirrojo, terminándose de poner la americana. Luego le dio un beso a ella y dijo—: Trataré de volver pronto, pequeña.

—¡Adiós, papi!

Milton salió a la calle y mientras buscaba un taxi se preguntó qué diablos hacía aquella simpática y graciosa periodista pegada a su espalda. ¿La ambición de un reportaje en exclusiva? ¿Amor? ¿Un hábil efectivo de sus enemigos filtrado en su propio territorio? No había que pensar más que en lo ocurrido con Donna... ¡Bah, no! Se dijo que no. Alice se veía completamente sencilla y natural.

Detuvo un taxi.

—¿Adónde, señor?

—1032 de Lexington Avenue.

—O.K.

Se puso el vehículo en marcha, no durando el trayecto más allá de los quince minutos.

—Hemos llegado. Es un dólar diez.

Pagando y a tierra.

El 1032 de Lexington Avenue era un edificio de línea moderna, de unos treinta pisos, con lujoso vestíbulo alfombrado, con plantas artificiales, silencioso, discreto... Allí, al fondo, se veía la cabina del portero, con su centralita telefónica. El tipo devoraba ávidamente la sección de sucesos del *New York Times*.

Alzó la cabeza al oír a Milton y lo examinó de pies a cabeza rápidamente. Asomó por la ventanilla, preguntando:

—¿Qué desea?

—Ver al señor Yushub Yeudi.

—No sé si él está. De todas formas, ¿quién es usted?

—Me llamo Milton Drake.

—Un momento, señor Drake.

El portero manipuló la centralita telefónica, comunicando con el apartamento de Yushub Yeudi. Aguardó un minuto antes de recibir respuesta. Pero al fin:

—El señor Drake desea hablar con el señor Yeudi.

—...

—Sí, está aquí.

El portero miró a Milton.

—Dice su secretaria que no lo conoce y que no puede recibirle ahora.

—Dígale que se trata de un asunto importante y recalque que pertenezco a la Oficina Federal.

—¿*Mistress* Yeudi? Afirma que se trata de algo importante y, además, pertenece al FBI.

—De acuerdo, *mistress* Yeudi.

Colgó los auriculares en un lateral de la centralita, y dijo:

—Puede subir. Apartamento

18 D.

Milton asintió con la cabeza.

Rumbo al elevador.

Planta 18.

Pasillos tenuemente iluminados con jarritos de flores artificiales y tal.

—Puerta D.

—O.K.

Llamó.

Abrieron.

Era una preciosidad en equilibrio sobre dos altos tacones de una pareja de descotados zapatos... en el lugar justo donde comenzaban unas piernas de verdadera antología. Su cimbreo era grácil, toda ella era graciosa. Y poseía esa morena belleza de la mujer judía. Subyugante era su cuerpo. Y como lo sabía sobradamente, adoptaba la postura y el rictus que le era más favorable, que la hacía más maravillosa.

Contrastando con la larga mata de cabello negro azabache tenía un par de ojos azules con gran parecido a dos lagos serenos de celeste tranquilidad. Una extraña sensación le invadía a uno cuando trataba de sumergirse en el fondo de aquellas aguas redondas y quietas. La boca era una pincelada suave, dividida en dos labios frutales.

Preguntó, con tono cálido:

—¿El señor Milton Drake?

—El mismo. Y adivino que usted es Raquel Krasnik, señora de Yeudi. ¿No?

—Exactamente.

Reinó un pequeño intersticio de silencio en cuyo transcurso ella midió a Milton de pies a cabeza. Debíó caerle simpático porque le obsequió con una sonrisa enloquecedora.

Su cuerpo elástico, flexible, se contorsionaba suave y armoniosamente al compás de una rítmica respiración dentro del

vestido color naranja, una sola pieza ajustada.

Dijo al fin:

—Quiere hablar con mi marido, ¿no?

—Sí. Eso deseo.

—Bien. Le anunciaré ahora mismo.

La vio alejarse de espaldas, contoneándose.

Desapareció al otro lado de una puerta gris que se abría al fondo del vestíbulo, para regresar unos segundos después, diciendo:

—Sígame, por favor.

Lo condujo hasta el despacho amueblado metálicamente que se hallaba al otro lado de la puerta gris y en el que, al fondo, tras una mesa, se hallaba sentado el que debía ser Yushub Yeudi.

Ella cerró la puerta.

El invitó:

—Acérquese, por favor. Y tome asiento.

Así lo hizo, ocupando una de las sillas metálicas que habían al otro lado de la mesa.

—¿En qué puedo servirle, señor Drake?

Milton lo observó unos segundos en silencio. Era hombre de una cultura refinada y unos ademanes elegantísimos, que vestía impecablemente, y en el que se adivinaba una gran personalidad, reflejada quizá en el mirar penetrante de sus ojos extraordinariamente verdes, penetrantes como un profundo abismo hipnótico.

Cruzando las piernas con cierta negligencia, repuso Milton:

—Usted no debe ignorar, señor Yeudi, que últimamente han sido asesinados cuatro candidatos al Senado de los Estados Unidos: Gary Gable, Clark Cooper, Anthony Frapan y Harold Forseth; todos ellos fueron muertos en el transcurso de recepciones que ofrecían en sus residencias, precisamente con motivo de la presentación de su próxima candidatura al Senado... *y se da la coincidencia de que el único invitado común a esas cuatro recepciones es usted, señor Yeudi.*

—Lo cual no debe extrañarle en lo más mínimo —repuso el otro, sin alterarse ante lo que casi era una abierta acusación, con voz calmada. Agregando—: Yo, amén de agregado cultural de la Embajada de Egipto, soy hombre íntimamente ligado con la política económica de mi país; viajo continuamente por la geografía

estadounidense tratando de encontrar el apoyo que me permita dar ciertas esperanzas a mi Gobierno de un posible préstamo o ayuda económica por parte de Estados Unidos. Todos esos caballeros que usted ha citado eran personalidades dentro de las finanzas de América del Norte. De ahí que yo asistiera a esas reuniones con el propósito de recabar la opinión de los aludidos respecto a la posibilidad de que le he hablado. El que murieran trágicamente, encontrándome yo presente en los cuatro casos... no es más que una fatal y desdichada coincidencia. Pero..., ¿acaso ha pensado usted en mí como asesino?

—No he formulado tan cruda acusación, señor Yeudi. Sólo he aludido a que me sorprende la casualidad de su presencia en las cuatro recepciones. De otra parte, y refiriéndome concretamente al caso de Harold Forseth, por las averiguaciones que he efectuado se deduce que fue usted el último en hablar con él. ¿Puede decirme si alguien llamó al señor Forseth, mientras ustedes conversaban?

Meditó unos segundos, acariciándose la fina y bien cuidada perilla, antes de responder:

—No..., y no es muy seguro que yo fuera la última persona que habló con el señor Forseth.

—¿Por qué?

—Porque yo me despedí de él, interrumpiendo nuestra propia conversación, debido a que tenía que trasladarme al aeropuerto para volar rumbo a Nueva York. Después de dejarle yo y antes de su trágica muerte... ¿quién asegura que no pudo haber hablado con cualquier otra persona?

Milton se encontró un tanto desarmado e incluso se sintió cohibido ante la enorme personalidad del otro.

Dijo:

—Sí..., claro, es posible que esté usted en lo cierto. En fin, creo que he hecho mal molestándole.

—¡Oh, no, al contrario! Lo que siento es no poder ayudarle de una forma más efectiva en sus investigaciones.

—Le agradezco su intención —dijo Milton, poniéndose en pie. Y mientras le tendía la diestra, insistió—: Perdone que lo haya molestado.

—Le repito que no ha sido molestia.

Salió el pelirrojo federal del despacho y se encontró al otro lado

con la fabulosa Raquel, quien lo acompañó hasta la puerta.

—Adiós, señor Drake —dijo con languidez.

—Adiós...

Milton Drake salió de aquella casa con una extraña impresión flotando dentro de su cerebro; como si pensara que algo no estaba lo suficiente claro, que había un misterio, un enigma, un hecho inconcreto que le moviera, sin causa aparente, a acrecentar sus sospechas sobre Yushub Yeudi.

«¿Por qué?», se preguntó cientos de veces.

Era inútil buscar la respuesta.

Regresó al hotel.

CAPÍTULO XII

Dio un gracioso giro sobre la puntera y tacones de los brillantes zapatos de noche.

—¿Qué tal estoy, señor Drake?

El la miró con detenimiento.

Habíase embutido en el interior de un ajustado vestido negro, lo que se llamaba un traje de cóctel.

—Está usted preciosa, señorita Alice.

—¿De veras puedo ir con usted?

—De veras. Y muchos hombres me envidiarán.

Saltó sobre los hombros de él, besándole en la boca.

—¡Eres un encanto! —jadeó.

—Y tú una locuela.

—Pero me aceptas, ¿no?

—No sé si debiera...

—Recuerda que te hice un favor...

—¡Oh, sí! —exclamó él—. Entregándome una agenda que en realidad no servía para nada. ¿Y si sospechara de ti?

Enarcó Alice sus finas y depiladas cejas.

—¿Sospechar de mí?

—Sería lo más lógico. Apenas te conozco y te llevo colgada a mis espaldas como si fueses mi hermana pequeña. ¿Quién me asegura que no te ha enviado alguien con un propósito determinado?

—¡Claro! Me ha enviado el asesino del pijama rojo para que te clave un cuchillo entre las paletillas cuando estés durmiendo. ¡Estúpido!

—Me enseñaron..., o empezaron a enseñarme a desconfiar de mi propia sombra y sobre todo de las mujeres. No sé todavía por qué he fiado en ti explicándote cosas que no debiera...

—Iré a contárselo al señor Edgar Hoover. ¿Te parece?

—En el fondo creo conocerte, Alice.

—Entonces..., ¿a qué esperas para que nos vayamos?

—De acuerdo, fierecilla.

Eran las diez en punto de la noche cuando abandonaron el Metropolitan Hotel.

El mismo portero se encargó de agenciarles un taxi.

—¿Adonde, señores?

—Llévenos al 1632 de Riverside Drive.

—O.K.

Cruzaron Manhattan en diagonal, siguiendo un buen tramo por la Vía Broadway, hasta alcanzar aquella zona más que residencial y más que señorial de Riverside Drive, que miraba hacia las aguas del Hudson River, y en la que destacaban magníficas residencias, suntuosos palacetes, extraordinarios *bungalows* y *cottages*, y toda clase de construcciones magníficas pertenecientes a la gente de esa sociedad que, según decíamos al principio de este relato, hemos dado en llamar alta.

El taxi los dejó frente al 1632.

Y el 1632 correspondía al *night-club* llamado Emerald.

Era en realidad una construcción tipo *bungalow*, pero lujosísima en todos sus aspectos. Rodeada por un amplio jardín en el que, frente a la entrada, se había habilitado una zona de *parking* para los clientes habituales.

Puertas cristaleras, provistas de finas persianas graduables, que se encargaba de apartar un portero uniformado, con más charreteras y galones que el capitán general de la Armada.

En el interior, un circular vestíbulo en el que se hallaba el guardarropía. En un ángulo unos tupidos cortinajes granates tras los que se iniciaba el pasillo que conducía a la sala.

Aquella resplandecía, pese a que el alumbrado multicolor procedente de los apliques situados estratégicamente en la pared era tenue, casi una penumbra en la que el rostro de las gentes cambiaba de tonalidad como por arte de birlibirloque.

El mostrador-bar se encontraba paralelo a la pared frontera de la izquierda. Más de una treintena de veladores se hallaban diseminados con gusto, formando semicircunferencia, alrededor de una pista de pulido encerado; en el centro de ésta se iniciaba la suave pendiente de una rampa que conducía hasta el escenario

donde tenían lugar las actuaciones del *show*.

Milton eligió una de las mesas más retiradas de la pista, apartando la silla galantemente para que Alice tomara asiento.

De inmediato se presentó el camarero.

—¿Qué van a tomar los señores?

El interrogó a la muchacha con la mirada.

—Un Manhattan —pidió ella.

—Que sea un *whisky* sin soda —dijo Milton.

—¿Alguna marca en especial? —le preguntó el camarero.

—Gold Label.

—Correcto, señor.

En el mismo instante que se retiraba el camarero, unos focos procedentes de alguna parte del local se hacinaron en un punto concreto del escenario y, por entre sus cortinajes, surgió una fabulosa morena, vestida con un traje, sin espalda, de lentejuelas brillantes encarnadas y amarillas.

Más que cimbrear, culebreaba como si su cintura fuese de junco o goma.

Desde un ángulo del escenario, anunció el *speaker* grandilocuente:

—Con ustedes... ¡Zarah Duke!

Zarah, que era algo fantástico de mujer, cogió el micrófono. Y con voz cálida, pastosa, profunda y llena de sensuales cadencias, comenzó a modular la letra de la siempre famosa canción:

«Que se quede el infinito sin estrellas, y que pierda
el ancho mar su inmensidad...»

—Te interesa más la morenita que yo, ¿eh? —protestó Alice.

—No me seas boba...

—Soy celosa.

—¡Vaya!

Llegó el camarero, interrumpiendo la polémica, para servir el Manhattan y el *whisky* que le habían pedido.

Milton, entretanto, recorría el local con la mirada.

—¿Qué buscas? —quiso saber ella, curiosa.

—Ves esa puerta... —Milton extendía el índice de la diestra sobre una puertecilla disimulada con cortinajes a la izquierda del

escenario, sobre la que un luminoso decía: «Private». Ante el asentimiento de ella, agregó—: Voy a adentrarme por ella a ver si encuentro a Mark Scotten, que es el propietario de todo esto. Tú, me esperarás aquí. ¿Entendidos?

—¿Cómo no...? ¡Si siempre mandas!

Tomó un sorbo de *whisky* y se levantó de la mesa para rodear la semicircunferencia que componían los veladores y dirigirse hacia la puerta que antes había indicado.

Nada más trasponerla se encontró con el vigilante de turno.

Un gorila con trazas de ser más bruto que un arado.

—¿Dónde vas? ¿No has leído ahí afuera que esto es privado?

—Mi padre era muy pobre, paisano. No fui al colegio.

—Poca guasa, ¿eh?

—Quiero ver al patrón. A Mark Scotten.

—No está visible. ¡Largo!

—Si te pones tonto... —le previno el pelirrojo—, tendré que arrearte.

—¿Qué...? ¡Ahora verás!

Hizo ademán de sacar la pistola que llevaba bajo la axila.

Milton, sin darle tiempo a que completara su acción, le metió la rodilla derecha en mitad del abdomen.

—¡Aaaag! —barbotó el gorila.

Empezaba a encogerse como una lombriz cuando el pelirrojo disparó la zurda alcanzándolo en un perfecto gancho que lo empujó contra la pared.

Pero el tipo era resistente. Aun a pesar del castigo recibido, se revolvió, tratando de conectar un directo al rostro de Drake. Este pudo evitarlo con facilidad, escurriendo con ágil cintura, y a la salida del escurrido le metió un punterazo en la boca del estómago que hizo que el gorila se revolcara.

—¡Uuuuuy!

Lo alzó por el cuello de la chaqueta para clavarle la zurda, primero en el hígado y luego, en un perfecto doble golpe, en el centro de la mandíbula.

La proyectó contra la pared, dejándolo del todo *groggy*.

Pasillo adelante.

Cruzó por delante de varias puertas.

Se detuvo ante una que ostentaba el letrero: «Direction».

La abrió de un punterazo, al tiempo que extraía su 38, gritando:

—¡Las manos al cielo!

Eso hizo el tipo que estaba sentado tras la mesa.

—¿Eres tú Mark Scotten? —le preguntó Milton al fulano.

Tembloroso, blanco como la cera, respondió:

—No..., no... Yo sólo soy el gerente de este local.

—¿Dónde puedo ver a Mark?

—No...

—¡Respuestas concretas o te meto un «pepino» en mitad de la sesera!

—Sí..., sí...; él acostumbra cada noche a ir a casa de su amiga.

—¿Quién es su amiga?

—Anne Braun.

—¿Dirección?

—Creo..., creo que vive en el 684 de Atlantic Avenue, en el Brooklyn.

—Por tu bien, muchacho, procura no haberte equivocado.

Se metió el 38 en la funda axilar y salió del despacho dejando al aterrorizado gerente.

Regresó a la sala, comprobando que el gorila del pasillo había desaparecido.

Al llegar a la mesa, le dijo a Alice:

—Nos vamos, muñeca.

—¿Adonde? —preguntó ella, con extrañeza.

—Te lo contaré por el camino.

Dejó un billete encima del velador y salieron del local.

El portero, solícito, se encargó de conseguirles un taxi.

—Al 684 de Atlantic Avenue, en el Brooklyn —le dijo Milton al taxista.

Luego, volviéndose a su compañera, le contó lo que había sucedido.

CAPÍTULO XIII

684.

Atlantic Avenue.

En el Brooklyn.

O.K.

Allí les dejó el taxi.

Un vestíbulo que era un perfecto paralelepípedo rectangular, sumido en penumbra.

Por los buzones adosados en las paredes de aquél, supieron que Anne Braun vivía en la planta 21, apartamento H.

El elevador.

Planta 21.

Puerta H.

O.K.

Milton oprimió discretamente el zumbador. Escuchóse un taconeo.

Se entreabrió la puerta.

Apareciendo una mujer.

—¿Es usted Anne Braun?

—Sí, ¿qué ocurre?

—¿Podemos entrar?

—Bien. Pasen.

Abrió más la puerta.

Ya dentro, Milton la estudió detenidamente.

Anne era una mujer de unos treinta años; alta, flexible, con una figura de muy apreciables contornos. Tenía el cabello muy negro, sí, pero unos ojos muy azules por contraste. Llevaba un peinado moderno. Los labios de Anne eran algo delgados, y sus ojos eran misteriosos; algo melancólicos; delgada de rostro, pero en conjunto resultaba hermosa. Y su perfume atraía.

Tras el detenido estudio, preguntó Milton:

—¿Ha venido Mark Scotten?

—No. Pero no creo que tarde en llegar. ¿Es a él a quien quieren, ver?

—Sí...

—Pasen.

Ella se movía allí como una reina, rodeada de perfume, de cortinas caras, de alfombras, de cuadros. Milton, tras quien iba Alice, la siguió hasta el *living*, un poco asombrado por todo aquello. Y por el suavísimo movimiento de las caderas de Anne, quien, por cierto, y en opinión del pelirrojo, debía llevar muy poca ropa, o ninguna, bajo la bata de color rosado.

—Siéntense... si quieren esperar a Mark.

Milton echó una ojeada a su alrededor. Había una mesita en el *living*, en un rincón junto al ventanal, con las cortinas corridas completamente, y con unas plantas artificiales a la izquierda de la mesita. Sobre el mueble había algo fácil de explicar: los preparativos para una cena íntima. Incluso un par de velas, en un candelabro de líneas modernas, sin adorno alguno. Se apagaba la luz eléctrica del *living*, se encendían las velas, y a vivir.

O.K.

—Lo esperaré yo solo —dijo Milton contundente.

Anne parpadeó sorprendida.

—No entiendo...

—Te lo explicaré —dijo él, tuteándola—. Durante unos minutos vas a dejar de existir, ¿entiendes? Pero como no me fío de ti, tendré que atarte y amordazarte.

—¡Ni lo intentes!

—Lo siento, pequeña.

Y tras el «lo siento», le propinó un suave directo al mentón dejándola inconsciente. Ayudado por Alice empleó unas cortinas para atarla y amordazarla. Luego, la metió en una habitación, que cerca de la mesita asomaba al *living*.

Le dijo a Alice:

—Tú te quedas aquí para vigilarla por si recobra el conocimiento antes de tiempo.

—De acuerdo.

* * *

Giró la llave en el interior de la cerradura.

Abrióse la puerta.

Apareció un tipo que traía en la diestra, alzándola, una botella de champaña.

—¡Nena..., cariño!

—Te equivocas, mastodonte. Soy el nenito.

—¡Eh...! —exclamó, vivamente asombrado—. ¡Pero tú...!

Zurdazo que le envió a la boca del estómago.

Y el hampón de guante blanco, elegantemente vestido, se encogió como una culebra.

Soltó la botella.

El cristal se hizo añicos, desparramando por el suelo del recibidor su áureo y espumoso contenido.

Derechazo a la mandíbula que lo catapultó contra la pared.

Lo «cazó» de rebote, aplicándole la punta de los dedos de la diestra en pleno hígado.

—¡Aaaag!

El último trallazo en mitad de la cara.

Y Scotten se revolcó en tierra, bañándose de champaña.

Lo arrastró hacia el *living*.

Lo despabiló con un juego triple de sonoras bofetadas.

—¡Eh, despierta, boss!

Un jadeo. Y:

—¿Quién..., quién eres tú?

—Yo soy aquí el que pregunta. ¿O quieres que siga sacudiéndote?

—Bien...

—Tú le diste un encargo a una muchacha de Chicago, llamada Donna Simpson, con la que te puso en contacto Robert Barton. ¿Es cierto?

—Sí... —balbució, temeroso.

—¿Cuál era el encargo?

—Bueno...

Milton le metió el puño en la boca.

—Estoy cansado de gente que me crea dificultades, Scotten. Estoy llegando al final de esto y quiero respuestas concretas. ¿Qué trabajo le asignaste a Donna Simpson?

—Ella... debía asistir a la recepción dada por Harold Forseth y localizar a un tipo llamado Milton Drake, para entretenerlo como

fuera desde las doce menos cuarto hasta las doce.

—Mira por dónde, yo soy el Milton Drake del encarguito. ¿Quién te pagó para que ordenases ese trabajo?

Una vacilación.

—No lo sé..., recibí el encargo por teléfono...

—¿Y te pagaron también por teléfono, eh?

Tras la irónica interrogación le sacudió un puñetazo en mitad de la cara que hizo retroceder a Scotten unas tres yardas por lo menos.

—¿Quién te pagó por ese trabajo? —insistió el pelirrojo.

Mark Scotten no se vio con fuerzas para seguir negando.

—Un individuo que no me dio su nombre, pero que parecía extranjero. Llevaba barba y perilla y tenía unos ojos muy verdes...

¡Aquella descripción encajaba en Yushub Yeudi!

¡*El era el asesino del pijama rojo!*

—Gracias, Scotten. Es suficiente.

Milton fue a la habitación donde estaba encerrada Anne, vigilada por Alice, y le dijo a ésta última:

—¡Vámonos inmediatamente!

—¿Adonde?

—Al hotel donde nos hospedamos. Tengo que hablar urgentemente con Washington.

Milton tenía que parlamentar con Washington por el hecho de que Yushub Yeudi gozaba de inmunidad diplomática y él no estaba facultado para detenerlo.

Era preciso que le comunicara de inmediato su terrible descubrimiento, el éxito final, a John Edgar Hoover.

En compañía de Alice abandonó el apartamento de Anne, dejando a ésta maniatada y a Scotten medio inconsciente.

—¡Ya se apañarán! —exclamó Milton.

En la calle detuvieron un taxi.

El pelirrojo le dio al chófer las señas del Metropolitan Hotel.

CAPÍTULO XIV

Ya en la habitación que él ocupaba, la 114 del Metropolitan Hotel, Milton Drake se inclinó sobre la mesita donde estaba el teléfono, tomando el auricular para llevarlo al oído, dispuesto a solicitar una llamada de larga distancia de persona a persona.

Fue entonces cuando de soslayo, por el rabillo del ojo..., *¡vio el pijama rojo que, dentro de una percha, pendía con el gancho de aquélla aferrado al reborde saliente del armario!*

En fracciones de segundo tuvo consciencia de lo que iba a suceder.

Y saltó hacia adelante.

Con lo que sólo consiguió evitar que el golpe de karate que alguien, a su espalda, lanzaba contra su nuca, le alcanzara de lleno.

Trastabilló, yéndose de bruces contra una butaquita del estrecho *living*.

El asesino se aprestó a dar el golpe definitivo.

Pero Milton se revolvió en un palmo de terreno con enorme agilidad y bravura.

Su primera intención fue lanzar un punterazo al bajo vientre del otro.

Pero no lo hizo.

Porque se quedó sorprendido y boquiabierto, al comprobar que el experto en karate, conocido por el asesino del pijama rojo..., *¡era la bellísima Raquel Krasnik, esposa de Yushub Yeudi!*

¡Una mujer karate!

Los segundos de indecisión trató de aprovecharlos ella, jadeante como una fiera, con los brazos en posición de pelea, para proyectar un mandoble con el canto de la zurda sobre el pecho del pelirrojo federal.

Pero Milton se le anticipó en fracciones de segundo haciendo lo

mejor que podía hacer con increíble rapidez: desenfundar su 38 y clavarle un balazo en el antebrazo derecho de Raquel; y otro en el izquierdo. Así la dejaba totalmente inútil para la práctica de su mortal karate.

—¡Maldito! —rugió ella, manando sangre por ambos antebrazos.

—¡Suelte el revólver, Milton! —bramó Yushub, saliendo de entre unos cortinajes.

El federal se dejó ir en tierra, rodando sobre sí mismo, al tiempo que disparaba sobre el barbudo diplomático y éste hacia lo propio sobre él.

Los dos balazos de Yushub rebotaron en tierra sin alcanzar su objetivo; los proyectiles escupidos por el 38 de Drake atravesaron sucesivamente la garganta de aquel hombre oriental que tanto había impresionado a las gentes con su personalidad.

Se puso en pie.

—Siéntate —le dijo a la sangrante Raquel.

Obedeció ella.

—¡Me estoy desangrando!

—Menos sangre tienen los que mataste de un golpe de karate. No me inspiras la menor compasión, muñeca asesina. ¿Cómo os habéis enterado de que estaba sobre la verdadera pista?

La hermosa mujer de los ojos azules como aguas de un lago tardó unos segundos en contestar:

—Has dejado a Mark Scotten con vida, ¿no? Él se ha encargado de avisarnos.

—¿Cómo procedíais en el asesinato de los futuros senadores?

—Yushub les entretenía hablando de finanzas, mientras les introducía en un bolsillo la nota citándoles en el despacho o biblioteca —y con desprecio agregó—: ¿Hace falta que te diga que yo los ejecutaba? Soy una de las pocas mujeres del mundo que practican el karate mejor y con mayor fuerza que cualquier otro hombre.

—Pues ahora tardarás muchos años en volver a practicarlo. ¿Qué intereses servíais?

—Los míos... —dijo una voz a espaldas de Drake procedente de los labios del individuo que se había colado sigilosamente por el balcón, y que tenía empotrado el cañón de su automática en la nuca del federal—. ¡Suelte el revólver!

Obedeció.

—Camine unos pasos.

Volvió a seguir las instrucciones.

—Vuélvase.

También obedeció.

Y entonces Drake, boquiabierto, estupefacto, se tropezó con... *la figura alta y delgada, perfilada, que le confería un aspecto enfermizo, del senador Ronald Laskey.*

¡Precisamente el hombre que encabezaba un comité senatorial abierto para esclarecer el caso del asesino del pijama rojo!

Le estaba apuntando con una pavonada automática de considerable calibre: con un grueso pistolón.

—No se sorprenda, Drake —dijo Laskey—. Yo soy el cerebro rector de una red de espionaje afecta a los intereses y creencias de otra potencia. He emprendido una «campana» destinada a conseguir que todos los miembros del Senado de los Estados Unidos, en un futuro próximo, comulguen con idénticos preceptos. De esa forma tendremos el país en nuestras manos y, por ende, la potencia cuyos intereses sirvo. No creía, en verdad, que un novato como usted llegará tan lejos..., *pero va a hacer falta eliminarle para que mi proyecto siga adelante.*

De repente se abrió la puerta.

Y tralló una voz, en tono conminatorio:

—¡Alto en nombre del FBI! ¡Tire esa pistola, senador Laskey!

¡Era Alice Terrell!

Lo que hizo Ronald Laskey fue tratar de tirar del gatillo.

Pero la joven Alice se le anticipó, desarmándole limpiamente con un balazo de su 38.

Entonces, Milton se precipitó sobre su revólver.

—¡De espaldas Laskey! ¡Y las manos atrás!

Así fue esposado.

Luego, Milton interrogó a Alice:

—¿Qué es eso de hacerte pasar por un agente del FBI?

—Es que lo soy.

—¡Quéeee! ¿Cómo has dicho?

—En su momento te lo explicaré. Ahora hay que avisar a Washington.

—Bien... —Gruñó, no muy convencido, el pelirrojo.

CAPÍTULO XV

—Alice Terrell —le explicó John Edgar Hoover al pelirrojo Milton Drake— pertenece al cuerpo femenino del FBI, aunque enmascara sus verdaderas actividades con el empleo de redactora en el *Chicago Sun*. Yo mismo le dije que se las ingeniara para acercarse a usted y ayudarlo si se presentaba la ocasión.

—Ahora comprendo, señor... —murmuró el otro.

Y es que ahora entendía por qué la graciosa y bonita Alice había ido pegada a su espalda sin dejarlo ni a sol ni a sombra.

—No obstante, Drake, nadie puede discutir su triunfo en el caso del asesino del pijama rojo. Lo de Laskey ha sido verdaderamente sorprendente.

Milton miró a la muchacha, que estaba a su izquierda, y dijo:

—Ella tiene un buen porcentaje en el éxito final.

—Muy modesto de su parte, Drake —dijo Edgar Hoover. Agregando—: Pero, de todas formas, ha demostrado usted que es acreedor a la insignia que le anticipé..., ¡que es un verdadero agente federal! Voy a concederle un mes de vacaciones..., ¿quiere pedirme algo más?

Titubeó, pero al fin:

—Yo..., verá, señor..., ¿está permitido que un integrante del cuerpo masculino del FBI se case con una integrante del cuerpo femenino?

—Pues... —Edgar Hoover se acarició la barbilla—, no recuerdo de ningún caso. ¡Pero, diantres..., sería un bonito matrimonio federal!

—¡Gracias, señor! —estalló el pelirrojo.

Y allí mismo cogió en volandas a la sorprendida Alice, quien agitó en el aire brazos y manos, exclamando:

—¡Milton! ¡Milton! ¿Te has vuelto loco?

—Sí, de amor.

La sacó en brazos del despacho del director del FBI, mientras éste sonreía por lo bajo, a hurtadillas.

Él lo había dicho: sería un bonito matrimonio federal.

Y me consta que lo fue.

FIN



AVISO

Dada la excepcional acogida dispensada
ininterrumpidamente al más genial de
los autores populares

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en ofrecer a sus miles de
lectores una nueva colección de

ESTEFANIA

el más leído y admirado autor de novelas
del Oeste, cuyo nombre ha llegado a
identificarse con el género que cultiva y
a ser sinónimo de acción directa, de estilo
trepidante, de amenidad, cualidades que
han hecho de él un maestro de la literatura
de acción

En la nueva colección

CENTAURO

el lector hallará las obras que han hecho
de Estefanía un clásico del Western



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Es un dato rigurosamente verídico. Además de lo apuntado y de ser ciudadano americano, de conducta intachable, con buenos informes y referencias, tanto personales como familiares y amén de una perfecta complexión física, hoy en día, para ingresar en el Federal Bureau of Investigation, se debe tener un mínimo de veinticinco años. (Nota del autor). < <

[2] Como los lectores recordarán, el senador Wallace, cuando presentó su candidatura a la presidencia de los Estados Unidos en las pasadas elecciones, llegó a pensar en Edgar Hoover como candidato a la vicepresidencia. (N. del A.). < <

[3] En Norteamérica se llaman precintos a lo que en otras partes del mundo equivalen a jefaturas de policía o comisarías o prefecturas. Cada precinto es la subdivisión que se ha hecho de un distrito (o sea, que cada distrito tiene varios precintos), y al frente de ellos se halla un capitán de la Metropolitan Police o de la Brigada de Homicidios, con sus correspondientes subalternos (tenientes, sargentos, cabos, guardias rasos, etc.). (N. del A.). < <

[4] Es un dato rigurosamente verídico el de que el director del FBI rige el organismo dentro de una casi absoluta autonomía. Está facultado para tomar cualquier clase de decisiones, siempre y cuando no atañan a la Seguridad del Estado. John Edgar Hoover sólo depende, administrativamente, del fiscal general de los Estados Unidos. (Nota del autor). < <

[5] Es rigurosamente verídico y constituye uno de los ritos de la Sociedad de la Mano Negra, más comúnmente conocida por Maffia, el hecho de que cuando un superior le hace entrega de un contrato a un inferior el contrato suele ser la palabra con que se enmascara la orden de cometer un asesinato, luego, le dé un beso en la boca como señal de que el pacto está sellado y de que nada ni nadie puede romperlo. (Nota del autor). < <

[6] Los golpes «kakoto-ate» e «hiza-gashira-ate» pertenecen al grupo de

«Ashi-Waza»

del judo, de los propinados con los pies; el «kakoto» se ejecuta con el talón, y el «hiza-gashira» con la rodilla. El

«hiji-ate»

y el «tegatana-ate», pertenecen al grupo

«Ude-Waza»,

o sea golpes propinados con los brazos; el «hiji» se ejecuta con el codo y el «tegatana» con el canto de la mano. Todos ellos entran dentro del grupo de «Golpes y Choque» en el judo, o sea los llamados en general

«Ate-Waza».

(Nota del autor). < <